

IDENTIDAD Y COMPROMISO DE LOS LAICOS DE LA PARROQUIA

EL SEÑOR DE LAS MISERICORDIAS

ARQUIDIÓCESIS DE MEDELLÍN

ANDRÉS AVELINO RÚA ZEA

JUAN CARLOS SAUCEDO VAN DER HANS

MIGUEL SALVADOR FERNÁNDEZ OSPINO

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE ORIENTE

FACULTAD DE TEOLOGÍA

TEOLOGÍA VIRTUAL

RIONEGRO – ANTIOQUIA

2018

IDENTIDAD Y COMPROMISO DE LOS LAICOS DE LA PARROQUIA

EL SEÑOR DE LAS MISERICORDIAS

AQUIDIÓCESIS DE MEDELLÍN

ANDRÉS AVELINO RÚA ZEA

JUAN CARLOS SAUCEDO VAN DER HANS

MIGUEL SALVADOR FERNÁNDEZ OSPINO

Trabajo de Grado

Asesor

Vladimir Merchán Jaimes

Magister en Exégesis Bíblica

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE ORIENTE

FACULTAD DE TEOLOGÍA

TEOLOGÍA VIRTUAL

RIONEGRO – ANTIOQUIA

2018

Nota de Aceptación

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

Firma del jurado

Rionegro (Día Mes Año)

Dedicado al Pueblo de Dios que peregrina hacia la Casa del Padre como una familia espiritual fraterna, la cual centrada en el encuentro orante con la Palabra, se sienta a los pies del Maestro como comunidad de discípulos misioneros para recibir y ofrecer la vida en abundancia, como lo señalaron los Obispos en Aparecida, en ese gran Pentecostés del Continente.

A Benedicto XVI, quién profetizó una nueva primavera espiritual en la Iglesia, si se promovía con eficacia la lectura orante con la Palabra. Su impulso ha generado la presente propuesta centrada en un método sencillo y eficaz para fortalecer la comunidad discipular y misionera.

A la familia espiritual Casa de la Misericordia, que desde sus inicios se ha empeñado en ofrecer procesos ordenados, procurando ayudar a los bautizados a encontrar su identidad de hijos del Padre para construir la fraternidad cristiana y trabajar por la salvación de las almas.

Agradecimiento a la Santísima Trinidad, por ser fuente de inspiración de este método de encuentro con la Palabra que se propone a la Iglesia.

A la Parroquia, El Señor de las Misericordias de la Arquidiócesis de Medellín y a cada una de las familias que abrieron sus puertas para el desarrollo de esta propuesta recibiendo fraternalmente a los Misioneros de la Misericordia.

A la Casa de la Misericordia que es para los autores lugar de salvación, familia espiritual y espacio de fortalecimiento en la oración.

A la Iglesia en salida de nuestros días que manteniendo la fidelidad a la Palabra se pone en camino al encuentro de cuantos están heridos y alejados para sus tocar llagas con la Misericordia e iluminar sus vidas con la Verdad del Evangelio.

A la Familia Natural que durante esta experiencia académica ha sido hoguera y compañía siempre dispuesta a cooperar generosamente facilitando el tiempo en medio de las arduas jornadas.

Contenido

Antecedentes.....	1
Planteamiento del Problema	5
Pregunta De Investigación.....	7
Justificación	7
Objetivo General.....	9
Objetivos Específicos	9
Marco Teórico	9
Diseño Metodológico	17
Resultados y Discusión.....	20
Capítulo I: Identidad del laico desde la perspectiva de Aparecida.....	21
1.1 Una mirada panorámica al Documento Conclusivo	21
1.2 Vocación de los discípulos misioneros a la santidad.....	24
1.3 Del acontecimiento de Aparecida a la Evangelii Gaudium.....	26
1.4 Los fieles laicos, discípulos y misioneros de Jesús, luz del mundo.	28
Capitulo II: Aspectos del discipulado misionero del Laico.....	30
2.1 Vivir en continua conversión a partir del encuentro diario con Cristo.....	30
2.2 Vida espiritual para estar con Él.....	32
2.3 Dejarse conducir	34

2.4 Vivir la fraternidad para misionar fraternizando	35
2.5 Configurarse con Cristo, abrazar su causa.....	37
2.6 Impulsados por el Espíritu	41
2.7 Saberse, sentirse y vivir como “hijo de Dios”	42
2.8 Mirar a Jesucristo misionero.....	43
2.9 Comunidad que prolonga la misión de Jesús.....	47
2.10 Iglesia en salida y no autorreferencial	49
2.11 La misión de formar a la manera de Jesús.....	52
2.12 Dispuestos a lanzar las redes en su Palabra.....	55
Capitulo III: Una misión basada en un método fundamentado en la Lectio Divina.	61
3.1 Una misión que abrace con el amor del Padre Dios a todos.....	61
3.2 Una misión centrada en el encuentro con la liturgia de la Palabra de cada día.....	65
3.3 Nuestra propuesta: un camino diario de oración personal con la Palabra	70
Paso 1: profesión de fe y disposición.	73
Paso 2: invocar al espíritu santo.	75
Paso 3: oración de perdón.....	75
Paso 4: oración antes de escuchar la palabra.....	75
Paso 5: lee, medita y ora.	76
Paso 6: oración para ser misericordiosos.....	78
Paso 7: oración de acción de gracias y protección.	78

Paso 8: oración de la noche.	79
3.4 Una experiencia de encuentro para mí, para ti, familia y comunidad.	80
3.5. Casas misioneras de la misericordia.....	85
Conclusiones.....	87
Bibliografía.....	88

Antecedentes

La Doctrina de la Iglesia Católica expresa sobre la Identidad de los laicos, que ellos en virtud del Bautismo son incorporados a Cristo y por tanto participes de su triple condición como sacerdotes, profetas y reyes, llamados a desempeñar la misión de la Iglesia. El dinamismo y participación de los laicos ha estado claro y definido por la misma enseñanza eclesial:

Como todos los fieles, los laicos están encargados por Dios del apostolado en virtud del Bautismo y de la Confirmación y por eso tienen la obligación y gozan del derecho, individualmente o agrupados en asociaciones, de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres y en toda la tierra; esta obligación es tanto más apremiante cuando sólo por medio de ellos los demás hombres pueden oír el Evangelio y conocer a Cristo. En las comunidades eclesiales, su acción es tan necesaria que, sin ella, el apostolado de los pastores no puede obtener en la mayoría de las veces su plena eficacia. (cf. LG 33).

Algunos antecedentes para la investigación sobre la Identidad del laico Católico, permiten advertir una necesidad de estudios enfocados en el laico y su identidad. Así mismo, se constata que existe una gran riqueza de documentos magisteriales y pronunciamientos académicos y pastorales, valiosos en referencia al papel del laico en la Iglesia, el quehacer. Se ha dicho que esta es la hora de los laicos, pero el Papa Francisco en una carta dirigida al Cardenal Marc Ouellet, presidente de la Pontificia Comisión para América Latina, sobre la participación pública de los laicos en la vida de los pueblos, emitida el 19 de marzo de 2016, le dice: “Es la hora de los laicos pero pareciera que el reloj se ha parado”.

Baquero (2011), en su Trabajo de Grado la Identidad Cristiana: Un estudio teológico bíblico del discipulado y la aportación de Juan 15,1-16,4a, -para optar por el título de Licenciado en Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, en el capítulo I, que se titula Ser Cristiano: Una crisis de identidad- presenta una contextualización del *ser cristiano* desde la Iglesia primitiva, pasando por la edad media, hasta llegar a nuestros días; además ofrece una síntesis del pensamiento de diversos autores en referencia a lo que significa la categoría Cristiano, no solo en el ámbito católico, sino también en otras confesiones. Se ocupa de analizar disyuntivas como; ser humano para ser cristiano o ser cristiano para ser humano. Ocupándose del pensamiento de Rahner destaca, que si bien es cierto en algún momento llegó a afirmar que todos están dentro de la Iglesia, de lo cual se deduciría la posibilidad de “ser” cristiano sin necesidad de ninguna referencia a Cristo; luego al reflexionar sobre el papel del cristiano en la Iglesia postconciliar evoca la frase atribuida al teólogo español Raimon Panikkar: El cristiano del futuro será místico o no será cristiano, lo cual denota un cambio en lo que inicialmente concebía Rahner sobre el tema.

Revista Vida y Espiritualidad (agosto 2014), en su editorial titulado: Los laicos en la Iglesia y en el mundo, hace un recorrido considerando variadas reflexiones de la Iglesia en referencia al laico, partiendo del Concilio Vaticano II, hasta llegar al Papa Francisco en la exhortación *Evangelii Gaudium*. Enfatiza el llamado a la santidad en virtud del bautismo; tomando como punto de partida el *ser* y el *quehacer* del laico, enfocándose en cómo en los últimos tiempos ha crecido el interés del laico por su identidad y misión.

Río (2015), en su obra: Los fieles laicos, Iglesia en la entraña del mundo, presenta una reflexión teológica sobre la identidad eclesial de los laicos en un tiempo de Nueva Evangelización, en el cual están llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos

lugares y circunstancias donde sólo ellos pueden llegar a ser sal de la tierra y luz del mundo. La teóloga y periodista chilena, en su obra hace un recorrido por la historia de la Iglesia, destacando la acción del laico en los primeros siglos del cristianismo, su ocultamiento en la época intermedia y cómo desde el siglo XX, se da un nuevo despertar con miras a la llamada Nueva evangelización.

Sacramento (2008), en su obra: *La Hora de los laicos*, aborda el tema de la identidad del laico, atraído por el lugar que este ha tenido en la Iglesia desde finales del S. XIX y principios del XX, a partir de la irrupción de los Movimientos de Acción Católica, advirtiendo cómo esta inquietud ha estado latente en las cabezas más brillantes del área teológica del Vaticano II en lo referente al laicado en el ser y la misión de la Iglesia. Precisamente el más representativo ha sido el teólogo Ives M.J. Congar, aportando en 1953 su libro: *Jalones para una teología del laicado*. No es difícil descubrir en el trabajo del Padre Santino, que las preguntas que han servido de pretexto para la investigación, ha sido el contexto al cual pertenecen los hombres y mujeres que desean comprometerse y participar de su Iglesia particular, por eso las respuestas que se dan desde la reflexión teológica no son ficticias sino reales, no son utópicas sino aplicables para una realidad claramente delimitada. Se aprecia en este trabajo el encuentro determinante con la teología eclesial, puesto que un obstáculo que se advierte y obstaculiza la misión del laico en la Iglesia es una inadecuada comprensión del ser y de la misión de la Iglesia en el mundo.

La Diócesis de Córdoba, España (2017), Adelantó un estudio y un plan de formación denominado: *Identidad y Misión del Laico. Llamada a la Evangelización*, como parte de la preparación al Encuentro Diocesano de Laicos celebrado en octubre de 2017. El planteamiento de la encuesta parte de afirmaciones del Papa Francisco, contenidas en su exhortación apostólica

Evangelii Gaudium. Es válido aclarar que el énfasis de la encuesta radica más en el quehacer del laico en la realidad parroquial, que en su propio ser; dado que hay un interés marcado en el compromiso del bautizado con el proyecto eclesial de Nueva Evangelización.

Jiménez (s.f), en su obra: Identidad humana, cristiana y religiosa, se enfoca en la Identidad, de manera especial en la realidad de sacerdotes y religiosos, que por su naturaleza viven el carisma y la espiritualidad propios de su comunidad. Refiere por separado a la identidad cristiana y la identidad religiosa, clarificando que no se trata de capas superpuestas a la identidad como persona, sino que son constitutivos vitales de la misma. El autor destaca que la identidad ha sido un tema que históricamente ha ocupado a los filósofos y define su estudio desde un enfoque que denomina sicológico-teológico y hace referencia a las tesis de la sicología humanista, especialmente los del movimiento llamado “Tercera Fuerza”, para quienes el tema de la identidad ocupa un lugar central.

Finalmente, los antecedentes citados nos trazan un horizonte favorable para la investigación en razón de la identidad y compromiso del laico perteneciente a la parroquia El Señor de las Misericordias, de la Arquidiócesis de Medellín. Se identifica una preocupación común por el ser y el lugar del laico en la Iglesia contemporánea, y se advierte la centralidad y la urgencia del compromiso del laico en la evangelización de nuestro tiempo. Actualmente las comunidades parroquiales y las asociaciones de fieles enfrentan nuevos y grandes retos a la hora de desarrollar su acción pastoral, por lo cual se requiere profundizar en la *Identidad del laico*, renovar su respuesta y encontrar caminos nuevos para transitarlos con la seguridad de estar respondiendo eficazmente al llamado del Señor a trabajar en su viña, como bien lo expresa Mateo

para todo el laicado consciente de su identidad y protagonismo hoy: Id también vosotros a mi viña. (Mt. 20,7).

Planteamiento del Problema

La vida eclesial actual reclama la presencia activa del laico en su realidad, a tenor y consecuencia de su bautismo se le pide inserción y compromiso con el ordenamiento de las realidades temporales según la Voluntad de Dios. Al laico, se le reconoce como un testigo, un discípulo misionero que en su entorno debe ser presencia del Reino de Dios, por ello, en el evangelio citas concretas nos revelan su Identidad, algunas de ellas, sentencian lo que han de ser: “Fermento en la masa (Mt.13, 31-35)”, “Luz del mundo y sal de la tierra (Mt. 5,13-16)”. Incluso un protagonista no de última hora, sino un enviado decisivo: “Id también vosotros a mi viña. (Mt. 20,7)”.

Los textos evangélicos revelan señales concretas que acompañaran a quienes por creer en Jesucristo, han recibido el Bautismo, el laico potencialmente está dotado de la gracia y, es así como san Marcos constata:

“Estas señales acompañaran a los que han creído: “En mi nombre echaran fuera demonios, hablaran en nuevas lenguas, tomaran serpientes en las manos y aunque beban algo mortífero no les hará daño; sobre los enfermos pondrán las manos y se pondrán bien. (Mc. 16-17)”.

Estas potencialidades concedidas ciertamente al quedar injertados o insertados en la Persona de Cristo Sacerdote, Profeta y Rey, manifiesta el llamado a responder transmitiendo la

vida del Evangelio en las realidades cotidianas, como lo consigna la constitución *Lumen Gentium* en el numeral 33.

Un acercamiento preliminar a la comunidad parroquial el Señor de las Misericordias, en el barrio Manrique, de la ciudad de Medellín, nos permite advertir ciertos aspectos contextuales significativos como la presencia de un párroco cercano a su comunidad, mayoría de habitantes que se reconocen católicos, amplia oferta de espacios pastorales para el encuentro comunitario: Grupo de profesionales y universitarios, Catequistas, Proclamadores de la Palabra, Ministros extraordinarios de la Comunión, Pastoral Social, Ministros de Alabanza, Grupo Juvenil, Carmelo Seglar entre otros.

La comunidad Parroquial tiene la posibilidad de nutrirse de una rica fuente de espiritualidad, dado que son los Frailes Carmelitas quienes tienen a su cargo el cuidado pastoral de esta parroquia. Los católicos que hacen parte del censo parroquial calculado en un aproximado de 8.000 laicos, conforman unas dos mil familias, partiendo de un promedio de cuatro personas por hogar. El párroco Fray Milton Moulthon Altamiranda calcula que entre 2.000 y 2.100 personas, es decir aproximadamente un 25% de sus feligreses, participa en la Eucaristía dominical.

A partir de las estadísticas aproximadas se puede decir que se devela un problema porque hay un gran porcentaje de laicos ausentes de la vida parroquial, aproximadamente el 75%, y la invitación de la Iglesia es que todos sus miembros conformen una comunidad unida; es necesario apostarle decididamente a la implementación de estrategias que permitan acercar a la comunidad parroquial, ese restante 75% de manera que participen activamente de la vida celebrativa, es todo

un desafío pastoral atraerles para que asuman un protagonismo evangelizador que transforme sus familias y sus entornos como expresión de una parroquia que se inserta en todas las realidades donde viven sus bautizados, el reto es redescubrir la pequeña Iglesia doméstica de la que hablan los Documentos Magisteriales, buscando así que la parroquia el Señor de las Misericordias encuentre en las realidades difíciles que la interpelan, una ocasión inmejorable para inserir el gozo del Evangelio en la gran familia parroquial extra muros.

Pregunta de Investigación

¿Qué se puede hacer para que los laicos no comprometidos de la parroquia el Señor de las Misericordias comprendan la Identidad católica y asuman el compromiso que tal Identidad reclama?

¿Qué estrategias se pueden generar para que los laicos que participan de las celebraciones en la Parroquia el Señor de las Misericordias en el barrio Manrique de la Arquidiócesis de Medellín, sean más fecundos y logren atraer a otros despertando una Identidad discipular y misionera?

Justificación

El tema que se aborda en la investigación es cómo lograr que los laicos que se encuentran alejados de la comunidad parroquial el Señor de las Misericordias, puedan ser sujetos de encuentro, de una apuesta en salida evangelizadora y misionera y posteriormente atraídos a vivir la comunión, la alegría de celebrar juntos la fe, y redescubran el valor de su ser religioso expresado en la pertenencia y participación en la comunidad eclesial.

La realidad actual de la Iglesia y particularmente de la Parroquia el Señor de las Misericordias en la Arquidiócesis de Medellín, reclama una investigación sobre la presencia del laico que participa en la parroquia y su compromiso, porque la manera de vivir su fe, influye de manera positiva o negativa en la capacidad de atraer a otros bautizados que hoy se encuentran en la periferia de la vida comunitaria parroquial, cayendo en un indiferentismo religioso.

Apropiándonos de aquella luminosa orientación de Benedicto XVI, que nos aclara que la Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción, se hace urgente forjar un laicado atrayente, capaz de contagiar, capaz de provocar la inquietud por el encuentro personal con Cristo y expresar la belleza de nuestra fe confesada, celebrada y vivida en la Iglesia Católica, desde la parroquia como realidad concreta y cercana.

Por esta razón se quiere ver la realidad concreta de la comunidad parroquial el Señor de las Misericordias en el barrio Manrique de la Arquidiócesis de Medellín, para hacer una propuesta que ayude a resolver el problema de la necesidad de un laicado más comprometido que por su fecundidad transmita la vida abundante mediante el testimonio.

Esta investigación pretende beneficiar de modo particular a la mencionada comunidad parroquial del barrio, en razón a que un laico que asume su identidad cristiana católica, vive más intensamente su experiencia personal de Dios fecundado por la gracia y a su vez, fecunda la vida de quienes estando alejados de la comunidad se podrán sentir atraídos por la fuerza de su testimonio.

Objetivo General

Desarrollar una estrategia pastoral que promueva el conocimiento y comprensión de la Identidad católica en los laicos no comprometidos de la parroquia el Señor de las Misericordias de la ciudad de Medellín, para que estos no se queden como espectadores frente a la misión y compromiso que demanda la Identidad y responsabilidad de ser laico en la Iglesia católica, advirtiendo el camino de formación que nos ofrece la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y Caribeño.

Objetivos Específicos

1. Exponer cuales son los pilares de la Identidad católica que todo laico debe manejar en el ejercicio de su fe.
2. Construir una estrategia pastoral que promueva el acercamiento y vinculación de los laicos no comprometidos de la parroquia el Señor de las Misericordias del barrio Manrique en la ciudad de Medellín, sobre la base de la Identidad católica, que en el contexto latinoamericano nos propone una fisionomía discipular y misionera.

Marco Teórico

Para el enfoque y marco teórico del Proyecto de Investigación se han elegido algunos autores que por la claridad y profundidad de sus conceptos respecto a la Identidad del laico y su compromiso en la vida parroquial puede aportar significativamente. Vale aclarar que hay muchos

teóricos que a lo largo de la historia han abordado el tema pero de ellos han sido escogidos los que se consideran más relevantes de acuerdo propósito de este proyecto. A continuación se relacionan los autores que van a dar sustento teórico al presente proyecto de investigación, esto permitirá ver cómo ha sido tratado el problema y qué otras perspectivas pueden ser tenidas en cuenta.

El capítulo cuatro del evangelio según san Juan, relata el encuentro de Jesús con la Samaritana. Cabe destacar que refiere a un encuentro con la periferia existencial, es el encuentro que rompe con la frontera establecida entre lo sagrado y lo profano, es el encuentro de Jesús con la mujer marginada y no realizada, que solo en él encuentra su plenitud, de tal forma que habiéndolo experimentado se siente impulsada a comunicarlo. Jesús rompe las barreras sociales y culturales, derriba el muro que separa:

Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dice: "Dame de beber". Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida. Le dice a la mujer samaritana. "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?" (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.). Jesús le respondió: "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: "Dame de beber", tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva". (Juan 4:7).

La mujer que ha sido tocada por la cercanía misericordiosa de Jesús, se convierte en misionera que testimonia el acontecer de Dios en su vida. La que antes estaba lejos se inserta en

la comunidad y se convierte en instrumento facilitador para la llegada de sus vecinos, los cuales al escuchar la contundencia de su testimonio creyeron en él.

En este encuentro con la mujer samaritana queda ratificado desde un hecho puntual y concreto, que la salvación es universal, que en el plan de Jesús no existen fronteras infranqueables, en razón a ello san Juan Pablo II afirmaba que los fieles constituyen el único Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo.

Según san Juan Pablo II en *Christifideles Laici* (1988):

El ser miembros de la Iglesia no suprime el hecho de que cada cristiano sea un ser “único e irrepetible”, sino que garantiza y promueve el sentido más profundo de su unicidad e irrepetibilidad, en cuanto fuente de variedad y de riqueza para toda la Iglesia. En tal sentido, Dios llama a cada uno en Cristo por su nombre propio e inconfundible. El llamamiento del Señor: “Id también vosotros a mi viña”, se dirige a cada uno personalmente; y entonces resuena de este modo en la conciencia: “¡Ven también tú a mi viña!” (N. 28).

Al igual que llamó a los apóstoles por su propio nombre, hoy Jesús en la Iglesia que es su Cuerpo, sigue llamando a hombres y mujeres de toda clase, el proceso de Nueva evangelización y que hoy en el pontificado de Francisco se identifica con el mandato de una Iglesia en salida, expresa la importancia del protagonismo del laico en el anuncio del mensaje de salvación. Hoy por hoy la participación del laico es entendida por la Iglesia no como algo anexo o secundario, sino que su compromiso evangelizador resulta definitivo para que la semilla del Evangelio sea

sembrada en los espacios temporales que él mismo está llamado a fecundar integralmente según la propuesta del Reino de Cristo.

Concilio Vaticano II. (1965). En el Decreto: *Apostolicam Actuositatem* nos dice:

La forma peculiar del apostolado individual y, al mismo tiempo, signo muy en consonancia con nuestros tiempos, y que manifiesta a Cristo viviente en sus fieles, es el testimonio de toda la vida seglar que fluye de la fe, de la esperanza y de la caridad. Con el apostolado de la palabra, enteramente necesario en algunas circunstancias, anuncian los laicos a Cristo, explican su doctrina, la difunden cada uno según su condición y saber y la profesan fielmente. Cooperando, además, como ciudadanos de este mundo, en lo que se refiere a la ordenación y dirección del orden temporal, conviene que los laicos busquen a la luz de la fe motivos más elevados de obrar en la vida familiar, profesional y social, y los manifiesten a los otros oportunamente, conscientes de que con ello se hacen cooperadores de Dios Creador, Redentor y Santificador y de que lo glorifican". (n.16).

Catecismo de la Iglesia Católica. (1992) nos precisa:

Los fieles laicos se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad. Por tanto ellos, especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia; es decir, la comunidad de los fieles sobre la tierra bajo la guía del jefe común, el Romano Pontífice, y de los Obispos en comunión con él. Ellos son la Iglesia". (Pío XII). Como todos los fieles, los laicos están

encargados por Dios del apostolado en virtud del Bautismo y de la Confirmación y por eso tienen la obligación y gozan del derecho, individualmente o agrupados en asociaciones, de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres y en toda la tierra; esta obligación es tanto más apremiante cuando sólo por medio de ellos los demás hombres pueden oír el Evangelio y conocer a Cristo. En las comunidades eclesiales, su acción es tan necesaria que, sin ella, el apostolado de los pastores no puede obtener en la mayoría de las veces su plena eficacia (cf. LG 33). La participación de los laicos en la misión sacerdotal de Cristo, consiste en que consagrados a Cristo y ungidos por el espíritu Santo, están llamados a producir frutos abundantes del Espíritu. Sus obras, oraciones, vida conyugal y familiar, trabajo y el descanso realizado en el Espíritu, incluso las molestias de la vida se convierten en sacrificios espirituales y agradables a Dios, los cuales ofrecen con toda piedad uniéndolos a la ofrenda del Cuerpo del Señor. (n. 899).

Yves Congar (1961). Reconocido como teólogo de avanzada, lo cual le significó primero grandes incomprendiones y años después ser llamado por el Papa san Juan XXIII a participar en la reflexión de importantes temas tratados en el Concilio Vaticano II, en su obra “Jalones para una teología del laicado”, hace una extraordinaria valoración del papel del laico en la Iglesia y prevé que si ella se abre osadamente a la acción de los laicos, seremos testigo de una primavera insospechable. Hace referencia a la Iglesia como viña del Señor en la cual tiene lugar un soplo de promesa, familiarizándolo decisivamente con el laicado. Esto mismo, años más tarde Juan Pablo II lo desarrollara con mayor profundidad.

En Congar es fácil captar lo decisivo de la presencia del laicado en la historia eclesial y su profunda valoración al reconocerlo como “gran reserva de energías decisivas” en un periodo como el actual en el que ciertamente la institución clerical experimenta algún grado de crisis, es en este contexto en cual urge abrirnos a la acción del Espíritu Santo, el cual es capaz de producir en nuestra Iglesia esa nueva primavera que vislumbra Congar.

Ratzinger (2000). En su escrito la Nueva Evangelización dice que parte del método de la evangelización es la “negación de nosotros mismos”, la expropiación del propio yo, advirtiendo que a esta ley de la expropiación le siguen consecuencias muy prácticas:

Todos los métodos razonables y moralmente aceptables deben ser estudiados - es un deber utilizar estas posibilidades de la comunicación. Pero las palabras y todo el arte de la comunicación no pueden ganar a la persona humana en esa profundidad, a la que debe llegar el Evangelio. Hace algunos años leí la biografía de un óptimo sacerdote de nuestro siglo. En sus palabras se encuentran palabras de oro, fruto de una vida de oración y de meditación. Sobre nuestro tema, Don Dídimo dice, por ejemplo: "Jesús predicaba durante el día y de noche rezaba" Con esta breve reflexión quería decir: Jesús debía adquirir de Dios a los discípulos. Esto mismo es siempre válido. No podemos ganar nosotros los hombres. Debemos obtenerlos de Dios para Dios. Todos los métodos están vacíos si no tienen en su base la oración. La palabra del anuncio siempre debe recubrir una vida de oración.

La radiante primavera que expresa el laicado pasa por una determinante vida de oración y una innegociable vida de gracia a partir del encuentro con el Señor en los Sacramentos. A razón

de lo afirmado por Jesús en el pasaje de la vid y los sarmientos, la estrecha y permanente unión con él, no es opcional, es vital.

Aparecida (2007). Que será una hoja ruta en la comprensión y apuesta del presente trabajo, se pronuncia en referencia a la constatada no vivencia de la sacramentalidad por parte de una gran mayoría de personas que se reconocen católicos y a la vez se autodenominan “no practicantes”, los Padres en el documento Conclusivo afirman:

Son muchos los creyentes que no participan en la Eucaristía dominical, ni reciben con regularidad los sacramentos, ni se insertan activamente en la comunidad eclesial. Sin olvidar la importancia de la familia en la iniciación cristiana, este fenómeno nos interpela profundamente a imaginar y organizar nuevas formas de acercamiento a ellos para ayudarles a valorar el sentido de la vida sacramental, de la participación comunitaria y del compromiso ciudadano”. Y destaca además: “Tenemos un alto porcentaje de católicos sin conciencia de su misión de ser sal y fermento en el mundo, con una identidad cristiana débil y vulnerable. (n. 286).

Francisco (2013), en la *Evangelii Gaudium* comenta que todos somos misioneros en virtud del bautismo y que en atención a la condición de bautizados no se concibe un destinatario de la evangelización en modo pasivo, incapaz de comprometerse con la misma tarea evangelizadora. Enfatiza que la experiencia personal del amor de Dios, es suficiente impulso para compartir a otros la experiencia del encuentro con Cristo:

Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos “discípulos” y “misioneros”, sino que somos siempre “discípulos misioneros”. Si no nos convencemos, miremos a los primeros discípulos, quienes inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús, salían a proclamarlo gozosos: “¡Hemos encontrado al Mesías!” (*Jn 1,41*). La samaritana, apenas salió de su diálogo con Jesús, se convirtió en misionera, y muchos samaritanos creyeron en Jesús “por la palabra de la mujer” (*Jn 4,39*). También san Pablo, a partir de su encuentro con Jesucristo, “enseguida se puso a predicar que Jesús era el Hijo de Dios” (*Hch 9,20*). ¿A qué esperamos nosotros? (n.120).

Prado (1985), en su obra *Id y evangelizado a los bautizados*, hace referencia a lo que en el proceso de las reconocidas escuelas de San Andrés, se entiende como: La gran comisión de ir y hacer discípulos, que infortunadamente se ha convertido en la gran omisión; recoge en este texto sus experiencias de muchos años dedicado a la tarea evangelizadora como laico comprometido. Desarrolla su tesis a partir del relato de san Juan en el cual Andrés vive su encuentro personal con Jesús y luego va a llevar a su hermano Simón al encuentro con el Mesías. En la presentación de su obra afirma:

La evangelización tiene un proceso propio que no se debe invertir, so pena de perder la fuerza intrínseca de la Palabra de Dios: Primero se debe presentar a Jesús, centro y base de la Buena Nueva, después, solo después y siempre después, se han de exponer las verdades, leyes y exigencias de Jesús...El Kerigma es el cimiento de la construcción. (p.7).

Estos textos han sido elegidos, considerando que responden a la necesidad de enmarcar teóricamente el presente Proyecto de Investigación, dar soporte a las hipótesis que el trabajo de campo nos ira permitiendo plantear y avanzar con paso seguro sin perder el enfoque inicial. Cada autor ilumina aspectos relevantes de lo propuesto en el planteamiento del problema. El recorrido por autores de distintas épocas y contextos ratifica la indispensabilidad del compromiso del laico, llamado a ser no simplemente colaborador ocasional, sino corresponsable en la tarea evangelizadora de la Iglesia.

Diseño Metodológico

Este proyecto es una investigación de tipo Acción Participativa porque que en el desarrollo del proyecto se hará un ejercicio de aplicación con la comunidad de la parroquia el Señor de las Misericordias, en el barrio Manrique Central de la Arquidiócesis de Medellín.

Como categorías para el proyecto de investigación planteamos:

Los sectores parroquiales: Representan el lugar donde habitan los destinatarios que se beneficiaran de la propuesta pastoral que resulte de esta investigación. Esta aproximación a la realidad general de los sectores se desarrollara mediante el censo que nos permitirá conocer las razones por las cuales una porción de los hermanos asiste a los actos de la vida parroquial, y los motivos por los cuales otra gran parte de la población no participa.

Familias: Procurar un dialogo cercano donde se perciba la parroquia que está en salida al encuentro de las familias. Mediante una sencilla encuesta identificar la realidad de la familia y como desde la parroquia será posible responder a las diversas necesidades para las cuales la fe católica tiene una respuesta. Parejas irregulares en circunstancias especiales (divorciados), pastoral infantil, jóvenes (noviazgo, sexualidad responsable, adicciones, manejo del tiempo), madres cabeza de familia, ancianos y enfermos.

Grupos Apostólicos: Desde su visión como laicos ya comprometidos y por el contacto que tienen con quienes asiduamente participan de la vida parroquial aportan un concepto muy válido a nuestra investigación. Catequistas (Bautismo, primera comunión y confirmación).

Pastoral de la Salud y Pastoral de la acción caritativa.

Por su contacto cercano con niños, jóvenes, enfermos y familias necesitadas, los agentes pastorales son claves para llegar con los alcances del proyecto de investigación.

Mediante el modelo de encuesta, procesada la información recogida, se busca llegar a propuestas pastorales que ayuden a mejorar la realidad parroquial en lo que refiere a la necesidad de atraer a los alejados a una participación activa en medio de la comunidad parroquial de la cual en virtud del Bautismo son parte vital. Tanto en el desarrollo de la investigación, como en su etapa posterior, se espera generar cambios en la comunidad que signifiquen mejoras para su vida personal y social.

El enfoque de esta investigación es de tipo cualitativo porque este método comúnmente empleado en las ciencias sociales, permite fundamentar el presente trabajo en principios teóricos unidos a la interacción con la comunidad mediante la recolección de los datos requeridos para

responder a los objetivos propuestos en atención al problema planteado; esto nos permitirá observar la relación fieles alejados-parroquia y conocer sus apreciaciones y expectativas.

Como herramientas puntuales para el desarrollo del Proyecto de Investigación tendremos:

Entrevistas a la comunidad: Contando con el apoyo de un equipo de Misioneros de la Casa de la Misericordia en Medellín, cuya Sede está cerca de la Parroquia el Señor de las Misericordias en el barrio Manrique, desde septiembre del presente año se está recorriendo los distintos sectores y entrando en dialogo con las familias que nos permiten unos minutos para entregarles un volante con información general de las actividades, horarios y servicios que ofrece la parroquia. Este sencillo acercamiento a los hogares ha permitido un ejercicio de observación.

Fichas de Lectura: Serán herramienta vital en el Proyecto de investigación, para la clasificación de la información aportada por los autores seleccionados para dar soporte teórico a la investigación.

Diario de Campo: Nos permitirá registrar los hechos más relevantes para luego analizarlos con el equipo en los encuentros de socialización.

Encuesta tipo censo: Se creara un sencillo formato que recoja la información más relevante que brote de los encuentros con las familias.

Grupos focalizados: Para la socialización de los avances del proyecto investigativo con el párroco y los grupos apostólicos de la parroquia.

Talleres: Se invitará a la comunidad a participar en encuentros por sectores o en el templo de la parroquia El Señor de las Misericordias, para contar con espacios concretos de participación comunitarios que garanticen que las acciones pastorales involucren a los fieles destinatarios del proyecto investigativo.

La información se procesará mediante un ejercicio de socialización y reflexión para revisar y organizar la información, hacer clasificación y compilación de datos recogidos, para ordenarlos en gráficos y tablas que faciliten visibilizar los hallazgos, plantear hipótesis, hacer proyecciones a corto, mediano y largo plazo, para así generar acciones puntuales que conduzcan a responder a los objetivos propuestos en el proyecto.

Resultados y Discusión

El trabajo de grado, a continuación se contiene en tres capítulos, en los cuales se plasma lo desarrollado con los hermanos de la Parroquia el Señor de las Misericordias, en la Arquidiócesis de Medellín. A partir de la experiencia pentecostal de Aparecida, que ha marcado un hito en la eclesiología pastoral. Se observa en un primer capítulo el Ser del laico en la Iglesia, el segundo capítulo se detiene en el hacer del laico a partir de la categoría discípulo-misionero, cerrando con un tercer capítulo en el cual se propone a los fieles de la parroquia, un Método sencillo y eficaz basado en la Lectio Divina, con el interés de ayudar a renovar día a día su identidad cristiana, que pretende fortalecer el compromiso misionero.

Capítulo I: Identidad del laico desde la perspectiva de Aparecida.

La Quinta Conferencia del Episcopado Latinoamericano y Caribeño, celebrada en el Santuario de Nuestra Señora la Aparecida, en Brasil, en mayo de 2007, ha marcado un hito, se puede hablar de un antes y un después, en lo referente a la definición magisterial de la Identidad del laico en la Iglesia, partiendo de la nueva categoría planteada y desarrollada ampliamente en Aparecida: “*Discípulos y Misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida*”.

1.1 Una mirada panorámica al Documento Conclusivo

Así quedó planteado en un primer momento como lema de dicha Conferencia, en el avance del ejercicio reflexivo, desaparece la “y”, bajo la premisa que un bautizado es un discípulo misionero, que no se habla de dos realidades separables, superpuestas y menos contrapuestas, el gran Ratzinger quien aún antes del Concilio Vaticano II, durante y después del mismo, ha reflexionado y escrito profundamente sobre temas del laicado y su papel preponderante en la Iglesia, ya para la época siendo Benedicto XVI (2007) afirmó en el discurso inaugural de la V Conferencia:

El discípulo, fundamentado así en la roca de la Palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la buena nueva de la salvación a sus hermanos. *Discipulado y misión* son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo él nos salva (cf. *Hch* 4, 12). En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro. (DA. P.14).

Deja así claramente definido que no se es discípulo en una época o momento y luego se deja de ser discípulo para asumir el ser misionero. Siempre es discípulo, siempre es misionero, ser discípulo es cuestión de enamoramiento profundo y permanente y ser misionero es fruto de una fuerza irresistible que impulsa a contagiar el amor del Padre Dios, manifestado en la persona de su Hijo. En el discurso inaugural de Aparecida, al hacer referencia a los laicos, Benedicto XVI (2007) afirma:

En estos momentos en que la Iglesia de este continente se entrega plenamente a su vocación misionera, recuerdo a los laicos que también ellos son Iglesia, asamblea convocada por Cristo para llevar su testimonio al mundo entero. Todos los bautizados deben tomar conciencia que han sido configurados con Cristo sacerdote, profeta y pastor, por el sacerdocio común del pueblo de Dios. Deben sentirse corresponsables en la edificación de la sociedad según los criterios del Evangelio, con entusiasmo y audacia, en comunión con sus pastores. Muchos de vosotros pertenecéis a *movimientos eclesiales*, en los que podemos ver signos de la multiforme presencia y acción santificadora del Espíritu Santo en la Iglesia y en la sociedad actual. Estáis llamados a llevar al mundo el testimonio de Jesucristo y a ser fermento del amor de Dios en la sociedad. (p.21).

El mismo documento en su número 278 plantea las cinco etapas esenciales en la vida de un auténtico fiel que vive a plenitud su bautismo, propone un camino que tiene como punto de partida el encuentro con Jesús Resucitado, profundamente enamorado renuncia a su vida pasada e inicia un serio proceso de Conversión porque quiere mantener la relación con su nuevo mejor Amigo, se hace su más fiel discípulo, renuncia a la tentación del aislamiento egoísta y crece en comunidad reconociendo en sus hermanos la viva presencia del Resucitado, y por desborde de gratitud se lanza a la Misión.

No se trata de etapas que inician, avanzan y concluyen para dar paso a la siguiente, es un ciclo que está en permanente reinicio. Este planteamiento kerygmático, es definido en el mismo Documento Conclusivo como hilo conductor de todo el proceso discipular, bajo la premisa que de no ser así, todo lo demás estará condenado al fracaso. Reiteramos que el kerygma no es una parte con inicio y final, al contrario toda acción pastoral de la Iglesia ha de estar enmarcada en esta línea, es decir, con una predicación permanente que busque suscitar el encuentro, el enamoramiento en el camino que requiere por cierto una respuesta en comunidad, una vida comprometida con la construcción de Iglesia.

Aún la experiencia de fe, aparentemente más sencilla, ha de garantizar que sea espacio que ofrezca la oportunidad para encontrarse o renovar el encuentro personal con Jesús, fortalecer el deseo de conversión, sentirse más discípulo-amigo que íntima con su Maestro, fortalecer los lazos de comunión con sus hermanos y con alegría reconocerse enviado a comunicar la vida divina del Resucitado; cada eucaristía, cada momento de oración, cada época del año en la vida parroquial, cada tiempo litúrgico; si esto se asume responsablemente, se estaría con ello respondiendo a ese gran reto que planteó Aparecida: vivir en “Estado Permanente de Misión Continental”.

Pero hay que tener presente que sin misioneros, no hay misión; tal vez hay una equivocación histórica, cuando se ha hecho misión, sin antes despertar el espíritu misionero en los bautizados que están cerca y se ofrecen con buena voluntad, mas no siempre con firme convicción de su ser de discípulo-misionero. Un discípulo misionero no hace misión, él o ella es - también- *misión*, lo que se hace esta por fuera, lo que se es, viene de la esencia más profunda y quien ha sido configurado con Cristo, el gran Misionero del Padre, comprende que existe para ser misión; por el bautismo el discípulo ha de reconocerse ungido por el Espíritu Santo y enviado a “Sanar los corazones destrozados, consolar a los tristes, liberar a los cautivos, anunciar la Buena

Noticia a los pobres y proclamar el año de Gracia”. (cfr. Lc. 4, 18-19). A propósito de esto, Papa Francisco (2013) lo define en el numeral 273 de su Exhortación Apostólica *Evangelii*

Gaudium:

Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás” (p.246-247).

1.2 Vocación de los discípulos misioneros a la santidad.

Precisamente el término “*vocare*” refiere a llamada y el llamado de todo bautizado es a ser santo; Dios es Santo y es la fuente de toda santidad y a esta santidad se llega mediante una experiencia de seguimiento a la admirable persona de Jesús.

Particularmente Aparecida plantea con claridad la gran diferencia entre Jesús y los demás maestros de la época, aquellos maestros durante siglos, fueron buscados por discípulos que deseaban ingresar a su escuela para aprender la ley mosaica y adherirse a una determinada doctrina; en Jesús esto tiene diferencias determinantes, en primer lugar no es un maestro que se oferta en la plaza para ser elegido, Él se reserva el derecho de elección “subió a la montaña a orar y llamo a los que él quiso y los llamó para estar con él” (Mc 3, 13)...por ello más adelante podrá recordarle a quienes ayer fueron discípulos y ahora son apóstoles: “Ustedes no me eligieron a mí, fui yo mismo quien los elegí” (Jn. 15, 16)

La segunda gran diferencia consiste en que no los ha elegido para unirse a “algo”, sino para estar íntimamente configurados con “Alguien” y ese alguien es Él mismo: “A ustedes no los llamo siervos, a ustedes los llamo amigos”. (Jn. 15), esto es algo nuclear. Solo cuando cada fiel asuma conscientemente que por el bautismo fue insertado en la Trinidad y participa de la vida del

Padre, cuando cada uno se reconozca hijo amado del Padre, hermano de Jesús y templo vivo del Espíritu, solo a partir de ahí su vida estará edificada sobre una autentica Identidad, todo será diferente en su realidad, vivirá como lo que es: Un amigo o amiga de Jesús, que por estar tan íntimamente configurado con Él participa de su misma vida divina y la transmite a otros sin mayor dificultad, porque entiende las palabras de su Maestro: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”.(Jn 10, 10). Los Obispos en Aparecida (2007) dejan claro este aspecto en el numeral 131: “Jesús los eligió para “que estuvieran con él y enviarlos a predicar (Mc. 3,- 14), para que lo siguieran con la finalidad de “ser de Él” y formar parte “de los suyos” y posteriormente participar de su misión”. (p. 98).

Al reconocerse participe de la vida que viene del Padre, el discípulo de Jesús asume con compromiso firme su condición de hermano de Jesús y por tanto hermano de sus hermanos, el Maestro ha infundido en el discípulo fiel sus mismos sentimientos, como dice al apóstol Pablo: “Tengan entre ustedes los mismos sentimientos que tuvo Jesús” (Flp 2, 5) y esto le mueve hacerse Buen Samaritano para aquellos que encuentra tirados a la vera del camino; Aparecida (2007) plantea en el numeral 135:

La respuesta a su llamada exige entrar en la dinámica del Buen Samaritano (Cf. Lc 10, 29-37), que nos da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos, siguiendo la práctica de Jesús que come con publicanos y pecadores (Cf. Lc 5, 29-32), que acoge a los pequeños y a los niños (Cf. Mc 10, 13-16), que sana a los leprosos (Cf. Mc 1, 40-45), que perdona y libera a la mujer pecadora (Cf. Lc 7, 36-49; Jn 8, 1-11), que habla con la Samaritana (Cf. Jn 4, 1-26) (p.99).

Esa es la lógica del amor, ese es el profundo humanismo cristiano, la capacidad de llegar a caracterizarse por la compasión que movió a Jesús a ser incapaz de pasar indiferente ante

cualquier forma de sufrimiento: hambre, enfermedad, muerte. La Santidad en el laicado es posible viviendo la entrega tal como lo recuerda Papa Francisco (2018) en la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate* en el numeral 14:

Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales (p.12)

1.3 Del acontecimiento de Aparecida a la *Evangelii Gaudium*.

En 2007 en el gran suceso de Aparecida, el Cardenal Bergoglio quien participando en la V Conferencia como Arzobispo de Buenos Aires, fue elegido por los demás obispos como presidente de la Comisión que dirigió la constitución del Documento conclusivo, esta tarea según el testimonio de quienes estaban allí en este Cenáculo de Aparecida, se hizo de una manera muy dialógica, lo cual permitió que todas las voces de la Asamblea, tuvieran cabida gracias al trabajo armonizador de Bergoglio como cabeza.

En 2013 sorprendentemente y contra todo pronóstico de los vaticanistas, el Cardenal Bergoglio era elegido sucesor de Benedicto XVI en la Cátedra del bienaventurado Pedro.

La experiencia primaveral dada por el Espíritu a la Iglesia del continente que san Juan Pablo II llamara “*de la esperanza*”, ahora con un latinoamericano como Sumo Pontífice, se proyectaba este nuevo Pentecostés a la santa Iglesia Universal, en su primer documento pontificio, la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*; en esta exhortación es fácil identificar el mismo Espíritu de Aparecida en sus distintos componentes, incluso con algunos textos transliterados.

Muchos teólogos, biblistas, expertos en eclesiología, entre otros, afirman contundentemente que Francisco ha dado un vuelco a la eclesiología en este momento particular de la historia de la Iglesia, objetivamente hay que decir que esta forma de proponer la experiencia de Dios y el papel de la Iglesia en el mundo, con un profundo sentido humano, ha encontrado también fuertes resistencias al interior de la misma Iglesia.

Algunos analistas de la EG han salido a referirse al Papa Francisco como un nuevo Juan XXIII, quién en su momento afirmó que la Iglesia no es solo una institución integrada por sacerdotes y religiosos, que es ante todo realidad espiritual en la cual los laicos son parte fundamental en cuanto su condición de Pueblo de Dios, participes de la triple condición de Jesús, Sacerdote, Profeta y Rey, en virtud del bautismo. Anticipándose a las críticas, el Papa Francisco apuntó en su exhortación *Evangelii Gaudium* (2013) numeral 203:

Molesta que se hable de ética, molesta que se hable de solidaridad mundial, molesta que se hable de la distribución de los bienes, [...] molesta que se hable de la dignidad de los débiles, molesta que se hable de un Dios que exige un compromiso por la justicia (p. 192-193).

En este aspecto queda claro que a la identidad cristiana le es propia por un lado la construcción de Iglesia mediante las acciones misioneras, evangelizadoras que buscan comunicar la Vida de Cristo en los pueblos, de forma que en el numeral 120, el Papa Francisco (2013) precisará el dinamismo que imprime el encuentro con Cristo para comprometerse en la acción misionera:

En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. (p. 116-117)

1.4 Los fieles laicos, discípulos y misioneros de Jesús, luz del mundo.

Aparecida, en su numeral 209 volverá sobre una expresión y definición muy aclaratoria del Magisterio de Puebla: *“los laicos son hombres y mujeres de la Iglesia en el corazón del mundo y hombres y mujeres del mundo en el corazón de la Iglesia”* (DA, 2007, p.128). Esa expresión también fue recogida por el Beato Papa Pablo VI, en el numeral 70 de su Exhortación Apostólica postsinodal *Evangelii Nuntiandi* (1975) siguiendo el espíritu del Concilio Vaticano II que en *Lumen Gentium* expresa como ámbito propio de los laicos:

El mundo vasto y complejo de la política, de la realidad social y de la economía, como también el de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los mass media, y otras realidades abiertas a la evangelización, como son el amor, la familia, la educación de los niños y adolescentes, el trabajo profesional y el sufrimiento (p. 77).

En este sentido el discipulado misionero debe contribuir a la construcción eficaz de Iglesia y sociedad, mediante el testimonio y la actividad laical enfocada a abrazar el modo de vida que exige el evangelio, buscando la transformación de las estructuras para que sean expresión de Reino y Vida, es decir en la creación de estructuras justas según los criterios del evangelio.

El Laicado hoy más que nunca requiere, ante un mundo marcado por el relativismo atroz, que abrazando un auténtico proceso de conversión, testimonie una fe creíble; mediante la vía de la caridad, mostrando coherencia en la conducta, esto implica, una formación sólida, doctrinal (teológica), pastoral y espiritual.

El presente trabajo de grado quiere aportar a la reflexión de esta realidad planteada por el Beato Pablo VI, y que a pesar de tantos esfuerzos persiste hoy, en tal modo que es apreciable en la Exhortación Evangelii Gaudium citaciones a la Evangelii Nuntiandi de Pablo VI, incluso en la inquietud por despertar un renovado ardor en los discípulos misioneros para la evangelización de nuestro tiempo (EG, 2013, p. 14). Sólo con bautizados que asuman su identidad de hijos, que renuevan y reafirman esa identidad mediante la vivencia de una espiritualidad verdadera y profunda, solo así la Iglesia podrá contar con auténticos discípulos misioneros, y la gran Misión Continental logrará la recuperación del sujeto pastoral ya existente, para luego llegar con su acción evangelizadora a los alejados que están en las periferias geográficas y existenciales.

Capítulo II: Aspectos del discipulado misionero del Laico.

El auténtico discípulo de Jesús, no es alguien que va al lado, ni siquiera de la mano, un auténtico discípulo de Jesús es uno con él (DA 136), como Jesús y el Padre son uno, así el discípulo auténtico es alguien que se ha configurado profundamente a su Maestro, como el sarmiento está unido a la vid, para poder recibir la savia (vida divina) y así dar frutos abundantes (comunicar esa vida a otros); esa comunión y esa comunicación se da solo por amor, amor agradecido hacia Aquel que no llama a los capacitados, sino que se ocupa en capacitar a los que ha llamado para estar con Él.

2.1 Vivir en continua conversión a partir del encuentro diario con Cristo

La vivencia de una auténtica espiritualidad, garantiza que a partir del encuentro personal con Jesús, el discípulo asume responsablemente que su vida es un permanente proceso de conversión, se reconoce como un ser inacabado y por tanto en continua transformación; a menudo nos hemos equivocado pretendiendo primero enseñar doctrina, olvidando que sin corazones verdaderamente convertidos todo esfuerzo resulta inútil.

En los planteamientos iniciales de la exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* en los números 7 y 8 el papa Francisco dice:

No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.

Sólo gracias a ese encuentro -o reencuentro- con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros? (p.11)

Una característica particular del discípulo es reconocerse un seguidor de Cristo que vive en permanente proceso de conversión a causa del encuentro con la admirable persona de Jesús. El documento conclusivo de Aparecida en su numeral 278 y que resulta relevante, plantea cinco momentos del *kerygma* clarificando que no se trata de etapas aisladas sino más bien de un hilo conductor del proceso integral del discípulo misionero: encuentro, conversión, discipulado, comunión y misión.

Quien se ha encontrado con la admirable persona de Jesús, experimenta por la profundidad de tal experiencia íntima que es llamado a ser su amigo y fiel discípulo, con el objeto de estar en comunión con él y con los hermanos, como también para actuar como él, vivir a su manera y finalmente hacerse prolongación de su misión en el mundo.

En esta dinámica, la vida de oración cobra una importancia vital, en ella el encuentro se renueva día a día y se fortalece. En cierto modo, ponerse a los pies del Maestro, recuerda permanentemente la condición del discípulo que en la comunidad se nutre para tener en sí la vida que ofrecer al entorno que le rodea; en la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate* el Papa Francisco en el número 154 destaca lo indispensable de la oración en un cristiano que anhela llegar a la santidad, no se trata de una oración que lleva al aislamiento, al sustraerse de la realidad

y resguardarse en la falsa seguridad de una burbuja, por el contrario, es aquella que fruto de la intimidad con Dios, logra que el corazón se abra al misterio del otro:

La súplica es expresión del corazón que confía en Dios, que sabe que solo no puede. En la vida del pueblo fiel de Dios encontramos mucha súplica llena de ternura creyente y de profunda confianza. No quitemos valor a la oración de petición, que tantas veces nos serena el corazón y nos ayuda a seguir luchando con esperanza. La súplica de intercesión tiene un valor particular, porque es un acto de confianza en Dios y al mismo tiempo una expresión de amor al prójimo. Algunos, por prejuicios espiritualistas, creen que la oración debería ser una pura contemplación de Dios, sin distracciones, como si los nombres y los rostros de los hermanos fueran una perturbación a evitar. Al contrario, la realidad es que la oración será más agradable a Dios y más santificadora si en ella, por la intercesión, intentamos vivir el doble mandamiento que nos dejó Jesús. La intercesión expresa el compromiso fraterno con los otros cuando en ella somos capaces de incorporar la vida de los demás, sus angustias más perturbadoras y sus mejores sueños. De quien se entrega generosamente a interceder puede decirse con las palabras bíblicas: “Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por el pueblo” (2 M 15,14). (p.99).

Ya antes en la *Evangelii Gaudium*, evocando al apóstol Pablo, Francisco nos había dicho que el corazón de un autentico orante está siempre lleno de personas.

2.2 Vida espiritual para estar con Él

Con relación a la constatada ausencia de vida sacramental por parte de una gran mayoría de personas que se reconocen católicos y a la vez se autodenominan “no practicantes” lo claro es que una gran parte de los miembros de la Iglesia no tienen identidad y conciencia discipular, puesto que el discipulado reclama intimidad con el Maestro, es decir, exige una proximidad que

se manifiesta en el anhelo de estar juntos, cultivando día a día la relación del discípulo con su Maestro. La frialdad en la vida sacramental por parte de numerosos laicos solo expresa una relación descuidada, una amistad abandonada y una distancia que seca la vida de los creyentes porque el discipulado abraza el realismo del Sarmiento unido a la Vid (Jn 15, 4). Los Padres en el documento Conclusivo de Aparecida en el numeral 286 afirman:

Son muchos los creyentes que no participan en la Eucaristía dominical, ni reciben con regularidad los sacramentos, ni se insertan activamente en la comunidad eclesial. Sin olvidar la importancia de la familia en la iniciación cristiana, este fenómeno nos interpela profundamente a imaginar y organizar nuevas formas de acercamiento a ellos para ayudarles a valorar el sentido de la vida sacramental, de la participación comunitaria y del compromiso ciudadano. Tenemos un alto porcentaje de católicos sin conciencia de su misión de ser sal y fermento en el mundo, con una identidad cristiana débil y vulnerable. (p.163)

Es importante advertir que el discipulado misionero es ante todo un lugar permanente de encuentro del seguidor con Jesús, el cual constituye un signo de permanencia y perseverancia del discípulo en el proyecto del Reino al que ha sido convocado, es claro que Jesús al inicio de su ministerio elige a los doce para invitarles a vivir en comunión con Él (cf. Mc 3, 14). Jesús desea y expresa claramente su interés al llamar no solo para enviarlos a predicar primeramente, sino *para que estén con Él* vitalmente, como lo manifiesta en la oración sacerdotal. Su deseo es que aquellos que le pertenecen tengan con Él la misma unidad que Él mantiene con el Padre, y de este modo participen de la vida Divina, que brota del misterio Trinitario. Precisamente Aparecida en el numeral 154 describe el sentido de la intimidad del discípulo con su Maestro:

Para favorecer la comunión y evaluar la misión, Jesús les pide: “Vengan ustedes solos a un lugar deshabitado, para descansar un poco” (Mc 6, 31-32). En otras oportunidades se

encontrará con ellos para explicarles el misterio del Reino (cf. Mc. 4, 11.33-34). De la misma manera se comporta con el grupo de los setenta y dos discípulos (cf. Lc 10, 17-20). Al parecer, el encuentro a solas indica que Jesús quiere hablarles al corazón (cf. Os 2, 14). Hoy también el encuentro de los discípulos con Jesús en la intimidad es indispensable para alimentar la vida comunitaria y la actividad misionera (p. 107).

Este seguimiento implica nutrirse permanentemente de los sacramentos de la Iglesia, la vida comunitaria, la enseñanza o catequesis programática de nuestra fe y la escucha e interiorización diaria de la Palabra y la vida de oración (cfr. Hch 2, 42), siguiendo el ejemplo de las primitivas comunidades en la Iglesia naciente.

2.3 Dejarse conducir

Es el Espíritu Santo como Maestro interior (DA 137), quien hace esa obra de configuración Maestro-discípulo. Aparecida destaca de manera especial que el Espíritu “nos identifica con Jesús-Verdad, enseñándonos a renunciar a nuestras mentiras y propias ambiciones”, el cardenal Martini refiere en una de sus oraciones a la importancia de encontrar la verdad de Dios en nuestra vida; el auténtico discípulo busca la verdad en Jesús para su vida, no insiste en acomodar y justificar las situaciones oscuras de su vida e imponérselas a Jesús a toda costa. Cuantos planes quedan infecundos, porque son nuestros, y no de Dios. Cuantas veces se le quiere imponer a Dios el propio plan personal y no ajustarse a su Voluntad.

El laico vive su seguimiento asumiendo una postura inicial de siervo en la escuela de Jesús, es decir, entiende que debe dejarse guiar, no está en capacidad de ceder a la tentación de querer ser más que su Maestro y Pastor, superando la desobediencia que resulta ser al final una incapacidad de escuchar la Palabra y acogerla, por el contrario tiene gran apertura para abrirse a la enseñanza de la vida que el Maestro le ofrece, en la cual le revela los secretos de su corazón y

del Reino. Jesús, a quién se hace siervo en su discipulado, le hace amigo, como nos lo revela el evangelio de San Juan (15, 15), Este es un aspecto determinante, los seguidores de Jesús tal como lo describe el salmo 23, al dejarse conducir por Él, encuentran como siervos que nada les falta, que en verdes praderas les lleva a descansar, que repara sus fuerzas, acompañándolos por las cañadas oscuras de la existencia, para experimentar finalmente la dicha, que Jesús su gran amigo les prepara la mesa y que por toda la vida, por días sin términos desean habitar en su Casa.

2.4 Vivir la fraternidad para misionar fraternizando

Importante resaltar la “centralidad del mandamiento del amor” (DA 138) como distintivo del verdadero discípulo misionero, no hay otro camino distinto al amor; se puede intentar avanzar por los atajos del altruismo o la filantropía, es posible hacer muchas cosas buenas y dignas de elogio, pero si falta el amor, falta el sello divino que da la verdadera validez a las buenas acciones. Esta recomendación de Jesús sobre la necesidad de amarse, caló profundamente en la primitiva comunidad cristiana, la encarnaron, lo asumieron responsablemente y de ello daban testimonio los de fuera: “mírenlos como se aman”, “mirad como están dispuestos a morir los unos por otros”. (Tertuliano Siglo II). ¡Cuánta necesidad se tiene hoy de volver a ese amor fraterno! Benedicto XVI ha dicho que “la Iglesia crece por atracción, no por proselitismo”. Nada más contagioso, atrayente y motivador que la fuerza del amor, Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*, hacia el final del numeral 14, define la tarea evangelizadora como una gran alegría que se comparte:

Todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino “por atracción” (p, 19).

El “espíritu de las Bienaventuranzas” (DA 139), como proyecto central de la implantación del Reino de Dios anunciado e instaurado por Jesucristo, ha de ser para los discípulos marco referencial obligado, nunca opcional; contemplar el ejemplo de Jesús, saber bien lo que él hizo y cómo lo hizo, reconociéndose de antemano configurado con Cristo por el bautismo, ha de situar ante el interrogante: “¿Qué haría Jesús ante esta situación?”. Todo sería muy diferente en la Iglesia y en la sociedad, si los cristianos anteponen esta pregunta en toda circunstancia cotidiana.

La pequeña comunidad y de manera especial la parroquia entendida como gran comunidad de comunidades, ha de ser un espacio acogedor donde la fe y la vida cotidiana se encuentran armónicamente. En ocasiones se ha reducido el templo y su entorno exclusivamente a la parte celebrativa cultural, pero sí se quiere apostarle decididamente a la inserción de los alejados será necesario generar un ambiente cálido, acogedor, un ambiente de Iglesia familia de Dios, que permita prolongar los actos litúrgicos en momentos para el amor *ágape*. Duele que tantas veces sea tanta la indiferencia, que no importe al menos saber el nombre de quien por años se sienta en el mismo lugar en el templo, es posible que un día este fiel falte, y a nadie preocupe la razón o el motivo, hay que superar esa praxis actual donde el fiel que está cerca no es más que un desconocido, por ello, conviene generar espacios para compartir un café, un dialogo ameno, que fortalezca los vínculos de verdadera comunión fraterna y haga sentir que son hermanos que comparten además de la fe, sus más humanos sentimientos, alegrías y tristezas, logros y fracasos.

Priorizar la fraternidad en una Iglesia que sea auténtica familia de Dios como propio de una eclesiología más próxima a la fisionomía discipular misionera, exige en cierto modo que los templos u otras casas de comunidades, contemplen en sus estructuras y espacios, zonas comunes para vivir la espiritualidad del encuentro. ¡Somos familia de Dios! y la fraternidad en ella no es un accesorio, es como bien se sabe, su poderosa fuerza de atracción con la cual la Iglesia misma crece, más allá de todo proselitismo en nuestros días.

Así la fraternidad que se vive al interior, al testimoniarla se hace sencilla pero eficaz forma de misión; la misión es precisamente llevar al entorno la vida fraterna y comunitaria, la vivencia intensa de hermandad, una forma de vivir a la manera de Cristo el amor fraterno, es esa experiencia la que aguarda el mundo y de la cual tanto adolece, no se lleva un discurso o un concepto de Dios sino una experiencia poderosa de amor que se vive entrañablemente a la manera de Jesús en comunidad, a la manera como él ama e invita a amar.

Cuando salimos del entorno parroquial a compartir la alegría experimentada en la comunidad eclesial, se hace más fácil comunicar la fe, más connatural y creíble. Esta misión exige superar la tentación del “llanero solitario” para abrirse al misterio del otro, así la experiencia de Dios se hace atractiva y se cumplirá aquel gran deseo de Jesús que envía con su distintivo a la comunidad de discípulos: “ámense los unos a otros como yo los he amado” (cf. Jn 13,35)

2.5 Configurarse con Cristo, abrazar su causa.

Naturalmente la configuración con Jesús, implica el riesgo de correr su misma suerte, por ello advirtió a quienes querían seguirle que era necesario negarse a sí mismo, morir a los propios y personales intereses para estar libre en pro de los intereses del Reino, abrazar la cruz de las realidades cotidianas, la propia limitación y también la ajena que muchas veces se vuelve pesada cruz, tan pesada que solo por amor a Dios es posible cargarla y no perder la paz del corazón.

El Método de Jesús, su proceso ha sido eficaz y eficiente para conducir a la madurez a los discípulos dispuestos, por ejemplo; Sólo Él convierte el terco carácter y complejo pensamiento de Pedro en pastor hábil y amoroso capaz de apacentar (Jn 21,15-17), el huidizo hombre de aquella noche al canto del gallo, reafirmará y confirmará en la fe a sus hermanos (Lc 21, 32). Jesús lo modelará tanto, que ni aún en la penumbra Pedro logrará ocultar tal rasgo de seguidor del

Maestro. Pedro será reconocible como su seguidor aun cuando el miedo lo paralice y el instinto de auto-preservación en el peligro lo acobarde (Mt 26, 69-75).

Podemos inferir que el método del Señor configura con Él, Cristifica; Pedro se configurará tanto a su Maestro que el hablar lo delatará (v.73), como también lo harán aquellas obras que en Nombre de Jesucristo realizará en la puerta hermosa (Hch 3, 1-10). Pedro seguirá a su Señor hasta configurarse a Él, incluso en la muerte, la cual también será su gloria, enfrentándola a los 75 años cuando fue conducido al Monte Janículo, desde el cual se puede contemplar toda la ciudad de Roma, y allí, le crucificarán, pidiendo que invirtiesen la cruz, por no ser él digno de morir como el Salvador. Moriría entonces con la cabeza hacia abajo.

Refiriéndose a la configuración dirá Benedicto XVI, en su homilía del 5 Abril del año 2012:

Se requiere un vínculo interior, más aún, una configuración con Cristo y, con ello la necesidad de una superación de nosotros mismos, una renuncia a aquello que es solamente nuestro, a la tan invocada autorrealización. Se pide que nosotros, que yo, no reclame mi vida para mí mismo, sino que la ponga a disposición de otro, de Cristo. Que no me pregunte: ¿Qué gano yo?, sino más bien: ¿Qué puedo dar yo por él y también por los demás? O, todavía más concretamente: ¿Cómo debe llevarse a cabo esta configuración con Cristo, que no domina, sino que sirve; que no recibe, sino que da?; ¿cómo debe realizarse en la situación a menudo dramática de la Iglesia de hoy?

La configuración con Cristo es el presupuesto y la base de toda renovación. Pero tal vez la figura de Cristo parece a veces demasiado elevada y demasiado grande como para atreverse a adoptarla como criterio de medida para uno mismo. El Señor lo sabe. Por eso ha proporcionado “traducciones” con niveles de grandeza más accesibles y más cercanos. Precisamente por esta razón, Pablo decía sin timidez a sus comunidades:

Imitadme a mí, que yo imito a Cristo. Él era para sus fieles una “traducción” del estilo de vida de Cristo, que ellos podían ver y a la cual se podían asociar. Desde Pablo, y a lo largo de la historia, se han dado continuamente estas “traducciones” del camino de Jesús en figuras vivas de la historia... los santos.

Aparecida propone el ejemplo de María y tantos santos que llegaron al extremo del amor, ofrendando su vida por la causa del Reino. En América podríamos destacar al beato mártir Monseñor Oscar Arnulfo Romero, quien entregó su vida por defender los derechos del pueblo salvadoreño.

En Colombia, otro gran testigo que buscó que el pueblo tuviese la vida abundante de Cristo fue el beato Monseñor Jesús Emilio Jaramillo, martirizado por denunciar los atropellos cometidos por distintos actores armados en Arauca, y como ellos muchos discípulos misioneros, religiosos y laicos han corrido la misma suerte del Maestro, por anunciar el bien y denunciar el mal.

Cristo en su Misterio Pascual se dona por entero, concluye con la donación de sí mismo la tarea realizada en toda su vida ministerial, de igual modo el discípulo misionero debe estar dispuesto a darlo todo para ganarlo todo, sin guardarse nada, y darlo todo es tener la disposición a llegar hasta las últimas consecuencias, al igual que Jesús, con tal de cumplir fielmente la tarea confiada. Aparecida plantea que comunicar la noticia de Cristo muerto y resucitado, no es algo opcional para el discípulo misionero, por el contrario es un imperativo, en el numeral 144, precisa:

Al llamar a los suyos para que lo sigan, les da un encargo muy preciso: anunciar el evangelio del Reino a todas las naciones (Cf. Mt 28, 19; Lc 24, 46-48). Por esto, todo discípulo es misionero, pues Jesús lo hace partícipe de su misión, al mismo tiempo que lo vincula a Él como amigo y hermano. De esta manera, como Él es testigo del misterio del

Padre, así los discípulos son testigos de la muerte y resurrección del Señor hasta que Él vuelva. Cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma. (p. 102).

En este proceso de configuración con Cristo esta implícito el llamado a configurarse con este proyecto y opciones. Aparecida el numeral 356 ofrece un norte:

La vida nueva de Jesucristo toca al ser humano entero y desarrolla en plenitud la existencia humana “en su dimensión personal, familiar, social y cultural”. Para ello hace falta entrar en un proceso de cambio que transfigure los variados aspectos de la propia vida. Sólo así se hará posible percibir que Jesucristo es nuestro salvador en todos los sentidos de la palabra. Sólo así manifestaremos que la vida en Cristo sana, fortalece y humaniza. Porque “Él es el Viviente, que camina a nuestro lado, descubriéndonos el sentido de los acontecimientos, del dolor y de la muerte, de la alegría y de la fiesta”. La vida en Cristo incluye la alegría de comer juntos, el entusiasmo por progresar, el gusto de trabajar y de aprender, el gozo de servir a quien nos necesite, el contacto con la naturaleza, el entusiasmo de los proyectos comunitarios, el placer de una sexualidad vivida según el Evangelio, y todas las cosas que el Padre nos regala como signos de su amor sincero. Podemos encontrar al Señor en medio de las alegrías de nuestra limitada existencia, y así brota una gratitud sincera (p, 166).

Configurarnos con este proyecto lleva a comprender desde la perspectiva de la Iglesia latinoamericana y Caribeña que se es discípulo misionero y no mero consumidores religioso. No se es peregrino pasivo y mucho menos orante ensimismado y alienado en grupos cerrados a los cuales la realidad del entorno nada les dice, sino que por el contrario se es seguidor comprometidos con Jesús y los hermanos, con un corazón definido por su camino de vida que invita a vivir como comunidad signo y señal en medio del mundo, en rebeldía de los egoísmos

que hoy descartan los rostros sufrientes (DA 407-430), en solidaridad con los marginados y excluidos, en definitiva con los pobres que constituyen la opción fundamental (DA 391-398) y comprometidos con la causa de liberación que hoy pasa por la promoción y defensa de la vida humana (DA 464-469), el cuidado del medio ambiente (DA 470-475) y el trabajo por lograr hacer presente en el mundo la fraternidad y la vida abundante para todos.

2.6 Impulsados por el Espíritu

Ahora la mirada se centra en la admirable Persona del Espíritu Santo a quien se confiesa en el Credo como “Señor y dador de vida”. Él es alma y vida de la Iglesia, es el gran protagonista de la misión como lo aborda Aparecida entre los numerales 149 al 153. Infortunadamente se puede pretender ser discípulos misioneros sin Espíritu. Se puede emprender tantas cosas y querer sacarlas adelante esperando éxito, sin contar con aquel que ungió y envió al gran Misionero del Padre como el mismo Jesús lo proclama en la sinagoga de Nazaret (Lc. 4,16). Es una ilusión, una fantasía, un embeleco total pretender “hacer” muchas cosas, sin contar primero con la fuerza del Paráclito.

Él es el gran Protagonista de la misión, es el primer y gran regalo del Resucitado a sus discípulos en el cenáculo; contemplar el ejemplo de las primitivas comunidades cristianas, hará mucho bien, para volver a ser personas, familias y parroquias movidas por el ímpetu del Espíritu. Lástima que muchas veces los planes están tan milimétricamente ajustados, los cálculos magistrales son tan precisos que no queda espacio a la novedad del Espíritu; Congar, teólogo del siglo pasado, se refería al Espíritu Santo como “el Dios desconocido”. Aún sigue siendo muy ignorado y es necesario recuperarlo en la vida de la Iglesia, tenerlo más en cuenta, reconocer que su acción va mucho más allá de las limitadas fuerzas, humildemente aceptar que él no se deja

enjaular o encapsular en proyectos humanos, como dice Jesús a Nicodemo: “El viento sopla donde quiere” (Jn 3, 8), así mismo es la actuación del Espíritu Santo.

Aun es tiempo, Dios es paciente, siempre te espera; lo importante es que se q hacer el giro radical de 180 grados; no seguir corriendo el riesgo de atreverse a ser misioneros sin el Espíritu, eso es tan arriesgado como saltar de un avión sin paracaídas, el Beato Pablo VI (1975) lo precisó en el número 80 de la *Evangelii Nuntiandi*:

Conservemos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo -como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia- con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá que el mundo actual -que busca a veces con angustia, a veces con esperanza- pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo. (p. 96-97).

2.7 Saberse, sentirse y vivir como “hijo de Dios”

Continuando con el horizonte discipular y misionero que propone Aparecida, resulta importante abordar el sentido profundo del “seguimiento” desde variados aspectos, comenzando por el carácter que imprime el bautismo. Precisamente, ante una crisis cada vez más general de la identidad laical, es el bautismo ciertamente una acción salvífica que introduce en el Misterio

Trinitario, ofreciendo una condición que en medio de un mundo huérfano, no es posible olvidar: cada bautizado es un hijo de Dios.

La Paternidad de Dios define el estilo de vida del seguidor de Jesús, acercarse a la Escuela de Jesús, vivir el discipulado, no tiene otra meta mayor que aquella que orientó y orienta la existencia del Hijo y Maestro; ¡revelarnos al Padre! (cfr. Jn.14, 9), y ciertamente detrás de toda esta experiencia vital de *saberse, sentirse y vivir* como “hijo de Dios” se encuentra de igual manera la consistencia de una Iglesia y una sociedad que tenga rostro de *familia*, porque a la verdad de que se es hijo de Dios, subyace en sí misma, la verdad de que en él, todos son hermanos, hijos de un Padre que está en el cielo. Aparecida en el numeral 157 dice: “Al recibir la fe y el bautismo, los cristianos acogemos la acción del Espíritu Santo que lleva a confesar a Jesús como Hijo de Dios y a llamar a Dios “Abba”” (p. 108).

Sólo la vivencia profunda de la Paternidad Divina, es decir la filiación, puede generar consistentemente la fraternidad que tanto reclama un mundo en orfandad. Cuando se habla en nuestro tiempo de excluidos y descartados, cuando se hace más evidente la indiferencia o los ninguneados en las periferias existenciales o geográficas, ciertamente es porque se ha dejado de vivir como civilización y familia cristiana amplia, universal y fraterna, repensar este aspecto es volver a la escuela discipular de Jesús en este tiempo para vivir la “*metanoia*” y reaprender el nuevo modo de vida bienaventurada del evangelio, no se puede ser dentro de la masa de la Iglesia los portadores de un bautismo que posiblemente hemos diluido y que no exige sentido, coherencia y praxis en el acontecer cotidiano, todo lo anterior sería casi imposible si el bautismo se desplegara con toda su potencialidad en el acontecer.

2.8 Mirar a Jesucristo misionero

Resulta determinante fijar la mirada en el *Jesús evangelizador* que ofrece el Evangelio como experiencia liberadora y del mismo modo como instructivo adecuado para el camino, por

eso, cuando se le contempla y se le sigue la pista atento a su acontecer, es fácil detenerse en lo que Él dijo de Sí Mismo sobre este aspecto, lo cual, en cierto modo revela una incuestionable *crisología*: "Es preciso que anuncie también el reino de Dios en otras ciudades" (Lc 4, 43), "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para anunciar a los pobres la Buena Nueva" (Lc 4, 18. Is 61, 1), "porque para esto he sido enviado" (Lc 4, 43b).

Para San Lucas, el testimonio que Jesús hace de sí Mismo es el de *evangelizador*. Y así lo resaltó el Papa Pablo VI, en el numeral 7 de su exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*: "*Jesús Mismo, Evangelio de Dios (Mc. 1, 1; Rom 1-3), ha sido el primero y el más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena*" (p.12).

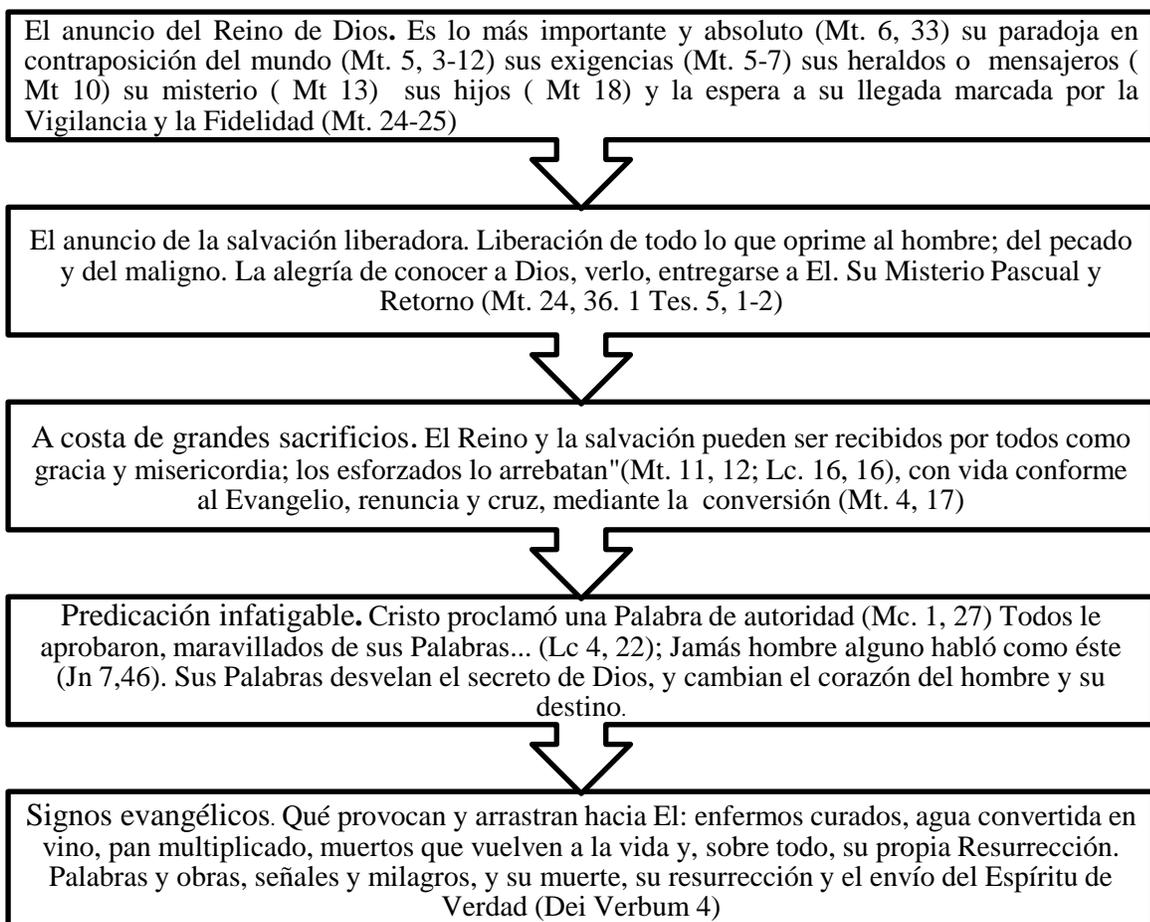
Se puede interpretar que *misionar* desde el ejemplo de Jesús es proyecto de vida sin fecha de vencimiento; hasta el final, es maduración y plenitud en el arte de entregarlo, comunicarlo y anunciarlo, hasta curtirse o profesionalizarse en ese encargo/servicio; *hasta la perfección*, y es hacerlo a su manera, hasta las últimas consecuencias, corriendo el riesgo de dar vida y de *dar la vida*, es decir, hasta el sacrificio de la propia existencia, porque el misionero ha de gastarse en la causa del Reino de Dios como el cirio que ofrece su luz en el altar hasta consumirse por completo. Para Jesús la misión asume la finalidad de atraer los hombres dentro de su vínculo íntimo con el Padre y el Espíritu. Éste es el sentido último de su predicación y de sus milagros: el anuncio de una salvación que, aunque se manifieste a través de acciones concretas de curación, no puede ser hecha coincidir "exclusiva" con una voluntad de transformación social o cultural, sino con la experiencia profunda concedida a cada hombre de sentirse amado por Dios y de aprender a reconocerlo en el rostro de un Padre amoroso y pleno de compasión (cf. Lc 15).

La manera como Jesús acontece y se relaciona con los hombres que encuentra a su paso se constituye en dato relevante de su método misionero. Él acoge a todos, sin discriminaciones ni

exclusiones, todo el evangelio es una experiencia fraternal de acogida, como lo especifica la Instrumentum Laboris de la XIII Asamblea General Ordinaria, del año 2012, titulada La Nueva Evangelización para la transmisión de la Fe Cristiana, en el numeral 23:

A los pobres, a los ricos como Zaqueo y José de Arimatea que se presentan en contacto con Jesús, a los extranjeros como el centurión y a la mujer siro-fenicia; los hombres justos como Natanael, o las prostitutas, o los pecadores públicos con los cuales compartió también la mesa. Jesús sabía llegar a la intimidad del hombre y hacer nacer en ella la fe en Dios, que es el primero en amar (cf. Jn 4,10.19), y cuyo amor nos precede siempre y no depende de nuestros méritos, porque el amor es su mismo ser: “Dios es Amor” (1Jn 4,8.16)

La *misión* de Jesús conduce naturalmente al hombre a una experiencia de *conversión*: cada hombre es invitado a convertirse y a creer en el amor misericordioso de Dios hacia él. El reino crecerá en la medida en que cada hombre aprenda a dirigirse a Dios en la intimidad de la oración como a un Padre (cf. Lc 11,2; Mt 23,9) y, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, aprenderá a reconocer en plena libertad que el bien de su vida es el cumplimiento de la voluntad divina (cf. Mt 7,21). Hay que seguir la pista al Jesús Misionero e identificar aspectos esenciales a la luz de la Evangelii Nuntiandi, para advertir un derrotero, con los datos de los numerales de 8 al 12:



Al mirar a Jesucristo gran Misionero del Padre, viene bien recordar un mensaje poderoso que San Juan Pablo II, el Papa de la Misericordia, dirigió a la Iglesia Joven en Chile el 2 de Abril de 1987:

¡Buscad a Cristo! ¡Mirad a Cristo! ¡Vivid en Cristo! Este es mi mensaje: “Que Jesús sea “la piedra angular” (cf. Ef 2, 20), de vuestras vidas y de la nueva civilización que en solidaridad generosa y compartida tenéis que construir... “No tengáis miedo de mirarlo a Él! Mirad al Señor: ¿Qué veis? ¿Es sólo un hombre sabio? ¡No! ¡Es más que eso! ¿Es un Profeta? ¡Sí! ¡Pero es más aún! ¿Es un reformador social? ¡Mucho más que un reformador, mucho más! Mirad al Señor con ojos atentos y descubriréis en El, el rostro

mismo de Dios. Jesús es la Palabra que Dios tenía que decir al mundo. Es Dios mismo que ha venido a compartir nuestra existencia, la existencia de cada uno.

2.9 Comunidad que prolonga la misión de Jesús

Como narran los Evangelios (Mc 3,13-15), los discípulos, después de haber estado con Jesús, de haber vivido con Él, de haber sido introducidos por Él en una nueva experiencia de vida, de haber participado en su vida divina, son invitados a continuar esta acción evangelizadora: *“Convocando a los Doce, les dio autoridad y poder sobre todos los demonios, y para curar enfermedades... Partieron, pues, y recorrieron los pueblos, anunciando la Buena Noticia y curando por todas partes” (Lc 9,1.6).*

Ante la tarea de la evangelización, que resulta la misión esencial de la Iglesia, no se puede perder la referencia a Jesucristo, *“porque la comunidad de los cristianos no está nunca cerrada en sí misma” (EN 15b).*

El cardenal Ratzinger, quién posteriormente sería el Papa Benedicto XVI, considerando este aprisionamiento asfixiante que padece la Iglesia no solo en sus estructuras sino en sus miembros un tanto entumecidos para la misión respondía en su obra *“Ser cristiano en la era neopagana*, en 1995: *“Me parece innegable que existe demasiada auto-ocupación de la Iglesia consigo misma. Habla demasiado de sí, mientras tendría que dedicarse más y mejor al problema común: hallar a Dios, y hallando a Dios, hallar al hombre”*. Y agrega:

Creo que en realidad son los testimonios la primera condición para la nueva evangelización. Personas que, viviendo la fe en su vida cotidiana demuestren que la fe da vida, una vida verdaderamente humana en la comunión y en la comunidad. Sólo de esta manera puede hacerse comprensible el contenido del mensaje, y por ello necesitamos núcleos de cristianos que realicen esta verificación de la fe en la vida –tanto personal

como comunitariamente- y ofrezcan a todos una experiencia cuyas raíces sean dignas de conocer” (p.141, 147).

Esa tendencia *asfixiante* en la que pueden caer por tener una *fe* desinteresada con la tarea evangelizadora y la respuesta misionera, se constituye en una *amenaza*, porque roba el dinamismo del *talento* mismo de la fe, enterrándolo por miedo, prejuicio o cualquier excusa (Mt 25, 18), que a la postre es falta de compromiso e indiferencia con la cuestión del Reino, y por otro lado, deja la sensación y más aún la identificación inquietante, con aquella higuera (Mc 11, 13) que aunque pudiese estar cargada de muchas hojas, finalmente no se le encuentra fruto, se queda en la esterilidad, con la dolorosa impresión de que el Señor se acerca y no encuentra nada. Qué tragedia es esa si llegara a tratarse de nosotros, un Jesús que se acerca a nuestra vida y no encuentra fruto. Por ello, el mismo Cardenal Ratzinger en 1995 nos dirá algo que ciertamente recordó Aparecida en el 2007 en los numerales 11 y 12: “Nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando con mezquindad”. (p.37)

Una Fe que se desgasta y degenera en mezquindad es lo que se puede a bien relacionar con eso de *encerrarse en si mismo como Iglesia* y con la así llamada desde variados matices por Francisco “*Iglesia autorreferencial*”. La acción evangelizadora es un mandato, una exigencia para quienes se identifican como seguidores de Jesús, es en cierta medida una nota característica y la manera de ser cristianos a cabalidad, sin embargo encontramos que no pocas veces se pretende seleccionar del cristianismo lo que se acomoda bien a los momentos de la vida, lo que se adapta a los estados de ánimo y gustos, mientras se desecha incluso, verdades esenciales de la doctrina y la Revelación Cristiana, con tal de mantener un cristianismo al gusto propio, y esto no sólo sucede en el ámbito doctrinal o moral sino que también sucede en la praxis del servicio y la misión, hay exigencias que aunque sean una orden como lo es “el mandato misional”, “el perdón

de corazón” y “la caridad cristiana”; se puede tener la sensación que es obviarlas sin sentir que afectan en lo mínimo la identidad o la autoproclamación al considerarse cristiano. Han pasado los años y posiblemente se cree tener una fe fervorosa, curtida, probada de años, es decir muchas hojas en la higuera, pero eximirse del compromiso evangelizador es no generar fruto. En este sentido Benedicto XVI exhortó en el Mensaje Mundial para las Misiones del año 2011:

La misión universal implica a todos, a todo y siempre. El Evangelio no es un bien exclusivo de quien lo ha recibido, sino que es un don que hay que compartir, una buena noticia que hay que comunicar. Y este don-compromiso le es confiado no solamente a algunos, sino a todos los bautizados, los cuales son “un linaje elegido, (...) una nación santa, un pueblo adquirido por Dios” (1 Pe 2, 9) para que proclame sus obras maravillosas.

La atención y la colaboración con la actividad evangelizadora de la Iglesia en el mundo no pueden limitarse a algunos momentos y ocasiones particulares, ni tampoco se pueden considerar como una más entre otras actividades pastorales: la dimensión misionera de la Iglesia es esencial, por lo que hay que tenerla siempre presente. Es importante que tanto cada bautizado como las comunidades eclesiales se interesen en la misión no de manera esporádica y ocasional, sino de manera constante, como forma de la vida cristiana.

2.10 Iglesia en salida y no autorreferencial

Superar la autorreferencialidad que consiste en medir continuamente todo lo que uno piensa, desea, realiza y le ocurre en función de sí le gusta o no le gusta será un punto clave para dar el salto cualitativo y cuantitativo en la misión. Dice el Papa Francisco: *“ese peligro puede encerrarnos en un continuo autoexamen en el que analizamos si estamos satisfechos o*

insatisfechos cuando ciertamente la vocación del bautizado es, -fundamentalmente- de puertas abiertas, de aventura, de valor, de entusiasmo y esperanza”.

Precisamente Francisco dirigiéndose a los Movimientos y Asociaciones laicales el 19 de mayo de 2013, alertó:

El Espíritu Santo nos introduce en el misterio del Dios vivo, y nos salvaguarda del peligro de una Iglesia gnóstica y de una Iglesia autorreferencial, cerrada en su recinto; nos impulsa a abrir las puertas para salir, para anunciar y dar testimonio de la bondad del Evangelio, para comunicar el gozo de la fe, del encuentro con Cristo.

La *autorreferencialidad* se opone a la *salida* de sí, a la experiencia de una comunidad *pascual* puesto que una comunidad así, no puede contener tanto gozo que se ve movida a desbordarse y entregarlo con generosidad, compartirlo, comunicarlo. Pero por lo contrario, la autorreferencialidad impide el encuentro real con el otro, esto es lo que en contexto se puede interpretar. Sí la Iglesia es misionera, y si toda ella debe estar en movimiento o en *estado permanente de misión* como lo decretó la V Conferencia General del Episcopado en Aparecida en el año 2007, se comprende que, cuando se encierra en sí misma, no puede cumplir con su “ser misionero”.

La Iglesia debe salir de sí misma, salir de cierta actitud introvertida y descentrarse, para *centrar su mirada en Jesucristo* y experimentar ese dinamismo contemplativo que mueve a dar de lo contemplado. Es decir, nunca se siente más fuerte e imperioso en el interior el impulso de salir con la Palabra de salvación hacia los hermanos como cuando se ha estado a los pies del Señor en ese encuentro vital que es la oración, porque una autentica oración es la que compromete, conduciendo al hombre a la llanura que le aguarda (Lc 9, 37). El Encuentro con la misericordia siempre es el comienzo de un mandato, un envío, como dice Jesús a Santa Faustina Kowalska, y que a bien ella misma consignó en su diario Espiritual: “la Divina Misericordia en

mi alma”, en el numeral 1588: *“Hoy te envío a ti a toda la humanidad con Mi misericordia. No quiero castigar a la humanidad doliente, sino que deseo sanarla, abrazarla a Mi corazón misericordioso”* (p.560).

Esto es, entregarlo a los pobres, entendiendo pobres más allá de una categoría sociológica como sí teológica y espiritual, porque Cristo evangelio de vida es quien con su pobreza enriquece (2 Co 8,9). Aquí bien vale recordar a Santa Madre Teresa de Calcuta, quién nos precisaba que “no hay mayor pobreza que la soledad”, la soledad de no tener o reconocer a Cristo como compañía. Es importante, tomarle gusto al aire puro del Espíritu Santo, que libera de estar centrados en uno mismo, escondido en una apariencia religiosa vacía de Dios, incapaz de comprometerse con la salvación eterna de los hermanos y la promoción de altísima dignidad. El papa Francisco lo ha precisado con gran claridad en su mensaje del 25 de Marzo del 2013:

Debemos salir de nosotros mismos hacia todas las periferias existenciales. Una Iglesia que no sale, a la corta o a la larga, se enferma en la atmósfera viciada de su encierro. Es verdad también que a una Iglesia que sale le puede pasar lo que a cualquier persona que sale a la calle: tener un accidente. Ante esta alternativa, les quiero decir francamente que prefiero mil veces una Iglesia accidentada que una Iglesia enferma. La enfermedad típica de la Iglesia encerrada es la autorreferencialidad; mirarse a sí misma, estar encorvada sobre sí misma como aquella mujer del Evangelio. Es una especie de narcisismo que nos conduce a la mundanidad espiritual y al clericalismo sofisticado, y luego nos impide experimentar la dulce y confortadora alegría de evangelizar.

Mirar a Cristo siempre conectará con la novedad, y será la mejor forma de desmarcar en algún modo del conocido axioma *“esto siempre se ha hecho así”*, y quizás la solución a esto no sea en esencia la generación de nuevas estructuras o sistemas evangelizadores, ciertamente venimos experimentando que nuestra capacidad para transmitir la fe a las nuevas generaciones es

cada vez más compleja, aunque *no han faltado esfuerzos e iniciativas*; en América Latina y el Caribe por ejemplo, esta inquietud ha suscitado las Conferencias Generales del Episcopado, y en la Iglesia universal numerosos esfuerzos expresados en el pasado Concilio, los Sínodos y otros espacios que se ocupan de reflexionar en el tema y explorar caminos, pero al parecer, no se trata solo de inventar nuevas estrategias, sino en poner nuestro empeño, decisión, convicción y todas las energías en recuperar *el Evangelio como la única fuerza capaz*. Benedicto XVI, en el Mensaje Mundial para la Misiones del año 2011 sacudía la conciencia y el propio sofá de la comodidad:

No podemos quedarnos tranquilos si pensamos que, después de dos mil años, todavía existen pueblos que no conocen a Cristo y que todavía no han escuchado su mensaje de salvación. No solo eso, sino que se amplía el número de quienes, aun habiendo recibido el anuncio del Evangelio, lo han olvidado y abandonado, y ya no se reconocen en la Iglesia; y muchos ambientes, incluso en sociedades tradicionalmente cristianas, son hoy renuentes a abrirse a la palabra de la fe.

Y agregaba una descripción de tal proceso que exige una reacción misionera:

Se está dando un cambio cultural, alimentado también por la globalización, por movimientos de pensamiento y por el relativismo imperante; un cambio que lleva a una mentalidad y a un estilo de vida que prescindan del mensaje evangélico, como si Dios no existiera, y que exaltan la búsqueda del bienestar, de la ganancia fácil, del logro profesional y del éxito como finalidad de la vida, incluso en menoscabo de los valores morales.

2.11 La misión de formar a la manera de Jesús

La misión se ha de vivir con la referencia clara de que no es solo acompañar ovejas, haciéndolas eternamente dependientes e incapacitándolas para que permanezcan en modo de

esperar y recibir, cuando propiamente deben estar en modo salida y entrega para dar y darse. Es decir la misión ha de enfocarse en preparar testigos que ofrezcan su experiencia a otros, formar pastores, líderes, no solo hacer mantenimiento de un rebaño sin ir más allá.

El discipulado forma pastores, multiplica misioneros, genera servidores del Reino a la manera de Jesús; un error en la tarea eclesial ha sido formar o de puede incluso decir, mal formar personas y comunidades dependientes, cerradas en sí mismas incapaces de multiplicar la experiencia y acompañar a otros a crecer en la Fe y en la experiencia cristiana. Este error hace que muchas iniciativas pastorales estén condenadas a desaparecer por la ausencia de protagonistas en la evangelización y exceso de espectadores laicos, porque no se les ha formado para que compartan la vida que reciben e ignoran las potencialidades, los dones y talentos que Dios mismo y la experiencia les otorga.

Jesús fue el primero en enseñar esta dinámica, se dedicó tres años a cuidar, amar y preparar especialmente a sus doce apóstoles y esto significó la estrategia pastoral para con unas ovejas que estaban determinadas a ser pastores, para que al regresar a la gloria del Padre, la misión no se detuviera y ellos fueran extensión y prolongación de su propia misión hasta el día de hoy y la misión misma se proyectara hasta los confines de la tierra: “Como el Padre me envió, así los envió yo”, (Jn 20,21); Pablo el apóstol de los gentiles, continuo fielmente aplicando esta dinámica, así se ve que en cada lugar donde llegaba les proclamaba el evangelio y en el tiempo que permanecía allí identificaba los líderes de la propia comunidad para confiarles continuar el cuidado y la custodia de los nuevos hermanos en la fe. Si Pablo se hubiera quedado instalado y no hubiese confiado en los propios hermanos en los que el mismo sembró el evangelio, su misión se hubiera limitado a muy pocos lugares y no hubiese causado tan impactante resultado.

Aquila y Priscila (Hch 18, 2), son unos esposos a quienes Pablo acompañó, y luego ellos a su vez conocieron a Apolo y se ocuparon de acompañarlo (Hch 18, 26), la experiencia de Apolo

aporta unos elementos muy significativos, con lo que había experimentado junto a ellos se dedicó a proclamar a Jesucristo, ciertamente le faltaba afianzarse en algunos aspectos pero ello no fue impedimento, la cercanía de estos esposos que invirtieron tiempo en él, ayudo a que su servicio de evangelización fuese mayormente eficaz.

La parroquia particularmente esta llamada a ser ese lugar acogedor donde los discípulos misioneros ya fecundados por la vivencia sacramental y el compartir con los hermanos de dentro, se muestran fraternos y acogedores, con aquellos que tal vez solo de manera ocasional o por requerir un servicio cultural, están de paso y una buena acogida puede hacer que decidan quedarse porque descubren el rostro de una nueva Iglesia que posiblemente les era desconocido; en el número 28 de la *Evangelii Gaudium* el Papa Francisco hace una revaloración de la parroquia y anima a que también allí se trabaje por la tan necesaria conversión pastoral :

La parroquia no es una estructura caduca; precisamente porque tiene una gran plasticidad, puede tomar formas muy diversas que requieren la docilidad y la creatividad misionera del Pastor y de la comunidad. Aunque ciertamente no es la única institución evangelizadora, si es capaz de reformarse y adaptarse continuamente, seguirá siendo “la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas”. Esto supone que realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos. La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero. Pero tenemos que reconocer que el llamado a la

revisión y renovación de las parroquias todavía no ha dado suficientes frutos en orden a que estén todavía más cerca de la gente, que sean ámbitos de viva comunión y participación, y se orienten completamente a la misión. (p. 33).

Así pues en esa cercana realidad eclesial que es la parroquia, el discípulo misionero encuentra el espacio concreto para vivir el amor fraterno, crecer en la capacidad de ver a Cristo en el rostro del que sufre y vivir su más auténtica identidad de hijo, capaz de reconocer en sus hermanos, destinatarios de la Buena Noticia. Como gran familia de familias la parroquia se convierte en casa de todos y lugar de encuentro donde se vive la fraternidad no de manera superficial y aparente, sino con entrañas de misericordia.

2.12 Dispuestos a lanzar las redes en su Palabra

Él Método Misionero válido ha sido el de Jesús, “*a la manera de Jesús*”. Él es el único que hace nuevas todas las cosas (cfr. Ap 21, 5), incluso cuando se pasa toda la noche sin buenos resultados considerando que todo está perdido en un mal día para el trabajo como lo describe San Lucas en su Evangelio en lo que parecía un mal tiempo para la pesca (Lc 5, 1-6), es en esos momentos excepcionales de la labor de los discípulos misioneros en los cuales Él interviene porque sabe dónde están los peces e invita a *remar mar adentro* señalando donde lanzar las redes.

Sí se acoge su Palabra, porque; “en tu palabra, echaré las redes”, el resultado será sorprendente, superará las expectativas y cálculos, la abundante pesca terminará por amenazar con romper las redes, con hundir las barcas por la buena pesca que exigirá ineludiblemente colaboradores, nuevos misioneros en el proceso (Lc 5,7).

Cuando se acierta en escuchar la Palabra y proponerla, la pesca es fecunda de hombres y mujeres que deben abandonar el mar, salir del mar, ese mar que en la simbólica bíblica representa

precisamente el misterio del Mal en el que se pierden en sus profundidades hombres y mujeres a la espera de la tabla de la salvación que es la misericordia representada en una providencial y oportuna red que es lanzada por los discípulos misioneros que se emplean decididamente en su trabajo por el Reino.

Por tanto, el llamado es a ser pescadores de hombres, a entender que la estrategia de Jesús exige el esfuerzo de escuchar su Palabra para encarnarla y obtener así grandes resultados como aconteció con Pedro (v.6), El Señor siempre premia el esfuerzo, y para este fin es vital luchar con la Palabra, no con las propias fuerzas que pueden pasar toda la noche intentándolo sin lograr nada (v.5) puesto que es una lucha por sacar del fondo oscuro y frío, del misterio mismo del mal, y del mundo, a hombres y mujeres necesitados de la Misericordia de Dios.

Sabemos que el relato Lucano buscaba sembrar el ánimo y la esperanza en momentos en que el anuncio del evangelio en la Iglesia naciente se encontró con ciertas dificultades, los evangelios ante todo son testimonios de la Fe en Jesús, de las comunidades que están detrás de los textos, y de cómo esta fe en Él, exigía confianza ante la adversidad que supone la tarea misionera, momentos así, no son extraños hoy, en los que posiblemente ante lo emprendido las estrategias fallan y el fracaso, tal como lo expresa Santa Faustina en su diario espiritual en el numeral 356, se convierte en el destino habitual, son esos momentos en los que: “las dificultades excedan nuestras fuerzas y los esfuerzos resultan inútiles, momentos en que las tormentas agitan el corazón y el espíritu aterrorizado comienza a inclinarse hacia la desesperación”. (p.174)

Es en esos momentos, donde se debe poner nuestra total convicción en la Palabra de Jesús, en su potencial, en la fuerza y el poder del Evangelio, que contra todo pronóstico consigue

la mejor pesca. En la Casa de la Misericordia, a partir de un movimiento de conversión pastoral centrado en el encuentro cotidiano con la Palabra es posible dar testimonio de la fuerza y el atractivo de Su Palabra que está produciendo una nueva primavera espiritual en la Iglesia. Ciertamente se siente muy cercanamente la certeza de lo dicho por San Pedro: “en tu Palabra Señor echaré las redes (v.5)”

Al fijarse detenidamente en el relato Lucano (Lc 5, 1) es posible notar como la gente se agolpa ante Jesús para oír Su Palabra, la gente quiere oír la Palabra, siente necesidad de la Novedad del Evangelio que comunica Jesús. Esa necesidad es imperiosa hoy, reconocerla empujaría a reconocer esa sed de Dios y de sentido que palpita en los entornos, reconocerla llevaría al bautizado, a superar el prejuicio de una sociedad descristianizada sin espacio para Dios, afanada en los asuntos del mundo y esclavizada por el consumismo que a veces tiende a paralizar al cristiano en una rotunda indiferencia misionera porque no pocas veces se siente que tal drama creciente roba la esperanza, quizás por sopesar en exceso cierto desinterés del mundo secularizado o descristianizado que ha perdido o mermado en la fe.

Cuando se consideran esos aspectos reales e innegables de forma desesperanzada, podemos estar pasando de una mirada objetiva de la realidad a un indiferentismo misionero que deja morir, porque en cierta medida, ese mensaje tiente en la seguridad de la orilla o en la comodidad del sofá como sí el evangelio no tuviese ya nada que decir a una familia en ruptura que precisa urgentemente de la misericordia Divina, como sí el Evangelio ya no pudiese comunicar liberación a una pareja en estado irregular y conducirla hacia el bien moral, de forma que situados en la cultura de la indiferencia y el descarte cayendo en la tentación de creer que nada se puede hacer ante leyes anti-vida y ante la injusticia social y la corrupción imperante,

olvidando aquello que Jesús precisó para siempre: “Yo Soy el camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6)”.

Un dato no menor que recuerda Santa Faustina en el numeral 1249 de su Diario en referencia a la sed por Dios existente en las almas, es que estas gritan desde la propia miseria: “Denos a Dios”, a lo que la Santa Polaca inmediatamente describe:

“Y ardió en mí la sangre apostólica. No la escatimaré sino que la daré hasta la última gota por las almas inmortales, aunque, quizás Dios no lo pida físicamente, pero espiritualmente esto es posible para mí, y no menos meritorio” (p.451).

Considerar esta sed hoy puede conectar con los interminables mensajes e imágenes que vía redes sociales con contenido bíblico o religioso comparten incluso los más distantes y hasta indiferentes de la vida de la Iglesia, porque tal como lo notaba el Papa Pablo VI en la Evangelii Nuntiandi, el hombre de hoy se decide por Cristo y se hace resistente a la Iglesia:

“En verdad, es conveniente recordar esto en un momento como el actual, en que no sin dolor podemos encontrar personas, que queremos juzgar bien intencionadas pero que en realidad están desorientadas en su espíritu, las cuales van repitiendo que su aspiración es amar a Cristo pero sin la Iglesia, escuchar a Cristo pero no a la Iglesia, estar en Cristo pero al margen de la Iglesia. Lo absurdo de esta dicotomía se muestra con toda claridad en estas palabras del Evangelio: “el que a vosotros desecha, a mí me desecha (Lc 10, 16)”.
¿Cómo va a ser posible amar a Cristo sin amar a la Iglesia, siendo así que el más hermoso

testimonio dado en favor de Cristo es el de San Pablo: “amó a la Iglesia y se entregó por ella? (Ef 5, 25)”

Sin embargo en ese fenómeno religioso digital, aún perviven vestigios de un alma cristiana en el pueblo, hoy por hoy la ciudadanía se revela marcada aún por lo sembrado cristianamente en la identidad como pueblo, ya sea débil y pálida tal marca, pero perceptible, y eso constata con facilidad, aspectos que configuran una religiosidad popular y cuando mejor una piedad popular que representa ya, una puerta entreabierta para la misión, la cual constituye un tesoro para la Iglesia Continental, como indicaba Benedicto XVI, en su Discurso Inaugural en Aparecida en el año 2007, consignado en el numeral 258 del Documento Conclusivo: “el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina” (p.122).

Al advertir la pesca abundante en el relato se puede tener certeza que nuestra respuesta Misionera requiere audacia, renovación en su entusiasmo y dinamismo, requiere de la alegría evangelizadora que nos ha propuesto más cercanamente el Papa Francisco con el programa que desarrolla la Exhortación Evangelii Gaudium, así mismo exige romper los esquemas, superar la tentación de una estrategia de momento ya superada, y volver a la fecundidad y efectividad de esa Palabra dada por Jesús a cuantos tienen las redes y se encuentran en la barca dispuestos a remar mar adentro para pescar, porque no confunden la Iglesia con un crucero para veranear o sin más, para pasarla bueno.

Esta barca, la Iglesia, tampoco es el Hospital de la Misericordia que no cumple con su razón social, incapaz de curar los enfermos que alberga, eternos desahuciados para la misión, confinados en sus periferias existenciales o geográficas, que hacen de las camillas un cómodo

hotel donde bien y resignadamente morir, ¡NO! No es así, Cristo en la Iglesia cura, libera, salva, y dice a todos los que en ella han sido intervenidos por la Misericordia que salgan a comunicar el bien que por gracia recibieron.

Porque tú lo dices Señor, “en Tu Palabra echaré las Redes”, la clave no es lanzar las redes en el mar de cualquier manera toda una noche, sino en el lugar objetivo, en Su Palabra, como ha entendido Pedro y ciertamente la iglesia es testigo de su eficacia. Benedicto XVI, el 27 de febrero de 2013, precisamente en su audiencia de despedida del Ministerio Petrino, ofrecía una certeza que le acompañaba y que ciertamente debe acompañar a todo discípulo misionero:

En este momento, tengo una gran confianza, porque sé, sabemos todos, que la Palabra de verdad del Evangelio es la fuerza de la Iglesia, es su vida. El Evangelio purifica y renueva, da fruto, dondequiera que la comunidad de los creyentes lo escucha y acoge la gracia de Dios en la verdad y en la caridad. Ésta es mi confianza, ésta es mi alegría... Cuando el 19 de abril de hace casi ocho años acepté asumir el ministerio Petrino, tuve esta firme certeza que siempre me ha acompañado: la certeza de la vida de la Iglesia por la Palabra de Dios.

Corresponde según el mismo Papa Benedicto XVI, en el numeral 2 de su Exhortación Apostólica *Verbum Domini* del año 2010:

Comunicar la alegría que se produce en el encuentro con la Persona de Cristo, Palabra de Dios presente en medio de nosotros, es un don y una tarea imprescindible para la Iglesia. En un mundo que considera con frecuencia a Dios como algo superfluo o extraño,

confesamos con Pedro que sólo Él tiene “palabras de vida eterna” (Jn 6, 68). No hay prioridad más grande que esta: abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante (cf. Jn 10,10).

Sólo en la Palabra de Jesús hay una atracción que no hay en nadie más, sólo Su Palabra poderosa puede producir fe y por eso una primavera espiritual, por ello es necesario promover el encuentro con Ella con eficacia para producir una nueva primavera espiritual en la Iglesia. Hay que poner el Evangelio en el centro, lo decisivo en la evangelización es que la gente entre en contacto con Jesús Palabra de Vida, con su amistad, con su Misericordia, con su Fuego, con su Vida Divina, así se generará fe; fecundidad espiritual, fraternidad cristiana, familia espiritual y cultura de Misericordia.

Capítulo III: Una misión basada en un método fundamentado en la Lectio Divina.

3.1 Una misión que abrace con el amor del Padre Dios a todos.

El momento de gracia vivido por la Iglesia de América Latina y el Caribe en Aparecida, ha sido marco, referencia y guía para el presente trabajo de grado. A partir de la categoría discípulos misioneros, se ha reflexionado sobre la Identidad del Laico en la Iglesia y su corresponsabilidad en el anuncio del evangelio de Jesucristo. En este mismo espíritu se ha ahondado sobre la fundamentación bíblica, teológica y doctrinal de la misión; ahora el propósito es plantear unas líneas concretas de acción pastoral, que faciliten llevar a la práctica el fruto de esta reflexión teológica.

En la conclusión de la V Conferencia los Padres de Aparecida hacen a manera de envío un planteamiento que el documento conclusivo recoge en el número 550:

Es el mismo Papa Benedicto XVI quien ha invitado a “una misión evangelizadora que convoque todas las fuerzas vivas de este inmenso rebaño” que es pueblo de Dios en América Latina y El Caribe: “Sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que se prodigan, muchas veces con inmensas dificultades, para la difusión de la verdad evangélica”. Es un afán y anuncio misionero que tiene que pasar de persona a persona, de casa en casa, de comunidad a comunidad.

En este esfuerzo evangelizador -prosigue el Santo Padre-, la comunidad eclesial se destaca por las iniciativas pastorales, al enviar, sobre todo entre las casas de las periferias urbanas y del interior, sus misioneros, laicos o religiosos, buscando dialogar con todos en espíritu de comprensión y de delicada caridad.

Esa misión evangelizadora abraza con el amor de Dios a todos y especialmente a los pobres y los que sufren. Por eso, no puede separarse de la solidaridad con los necesitados y de su promoción humana integral:

Pero si las personas encontradas están en una situación de pobreza —nos dice aún el Papa—, es necesario ayudarlas, como hacían las primeras comunidades cristianas, practicando la solidaridad, para que se sientan amadas de verdad. El pueblo pobre de las periferias urbanas o del campo necesita sentir la proximidad de la Iglesia, sea en el socorro de sus necesidades más urgentes, como también en la defensa de sus derechos y en la promoción común de una sociedad fundamentada en la justicia y en la paz. Los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio y un Obispo, modelado según la imagen del Buen Pastor, debe estar particularmente atento en ofrecer el divino bálsamo de la fe, sin descuidar el ‘pan material’. (p. 272-273).

Este planteamiento hace recordar la experiencia de la Iglesia naciente, que siguiendo el ejemplo del Señor Jesús, en su misión se ocupaba del ser integral atendiendo a las necesidades espirituales sin descuidar las necesidades profundamente humanas. Así por ejemplo surgió la institución de los diáconos (Cfr. Hch 6,5), en una comunidad que todo lo tenía en común, que luchaba contra el egoísmo y compartía con alegría, este ministerio de los diáconos respondería por la administración de los recursos y las obras de caridad, mientras los apóstoles se ocupaban de la oración y al ministerio de la Palabra.

En este mismo sentido el papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* anima a tocar las llagas del otro, acercarse a las periferias existenciales para llevar el amor de Dios como respuesta eficaz a las duras realidades de tantos hermanos. Iglesia en salida, llamada a desinstalarse e ir más allá de la comodidad de la orilla, remar mar adentro en búsqueda de los alejados, los que estuvieron un día y se marcharon y aquellos que nunca han llegado, sencillamente porque en ellos se cumple lo que el apóstol Pablo recuerda en Romanos 10, 11-15:

Porque dice la Escritura: Todo el que crea en él no será confundido. Que no hay distinción entre judío y griego, pues uno mismo es el Señor de todos, rico para todos los que le invocan. Pues todo el que invoque el nombre del Señor se salvará. Pero ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados? Como dice la Escritura: ¡Cuán hermosos los pies de los que anuncian el bien!

Quienes han recibido el precioso tesoro de la gracia, bien conocen que Cristo es la mayor riqueza y por tanto comprenden que la mayor pobreza que se puede experimentar, es ir por el mundo sin contar con Jesús que es: Camino seguro, Verdad que libera y Vida abundante. Esta

experiencia es un tesoro no para guardarse sino por el contrario para darlo a todos, siempre y en todas partes. Aquí cabe recordar las palabras de Benedicto XVI en la Audiencia General del 31 de octubre de 2012 en el marco del año de la fe:

Finalmente desearía subrayar que es en la comunidad eclesial donde la fe personal crece y madura. Es interesante observar cómo en el Nuevo Testamento la palabra “santos” designa a los cristianos en su conjunto, y ciertamente no todos tenían las cualidades para ser declarados santos por la Iglesia. ¿Entonces qué se quería indicar con este término? El hecho de que quienes tenían y vivían la fe en Cristo resucitado estaban llamados a convertirse en un punto de referencia para todos los demás, poniéndoles así en contacto con la Persona y con el Mensaje de Jesús, que revela el rostro del Dios viviente. Y esto vale también para nosotros: un cristiano que se deja guiar y plasmar poco a poco por la fe de la Iglesia, a pesar de sus debilidades, límites y dificultades, se convierte en una especie de ventana abierta a la luz del Dios vivo que recibe esta luz y la transmite al mundo. El beato Juan Pablo II, en la encíclica *Redemptoris missio* en el numeral 2, afirmaba que “la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se fortalece dándola!”.

La tendencia, hoy difundida, a relegar la fe a la esfera de lo privado contradice por lo tanto su naturaleza misma. Es necesaria la Iglesia para tener confirmación de la fe y para experimentar los dones de Dios: su Palabra, los sacramentos, el apoyo de la gracia y el testimonio del amor. Así el “yo” egoísta transformado en el “nosotros” de la Iglesia podrá percibirse, a un tiempo, destinatario y protagonista de un acontecimiento que le supera: la experiencia de la comunión con Dios, que funda la comunión entre los hombres. En un mundo en el que el individualismo parece regular las relaciones entre las

personas, haciéndolas cada vez más frágiles, la fe llama a ser Pueblo de Dios, a ser Iglesia, portadores del amor y de la comunión de Dios para todo el género humano.

Ante la permanente tentación del encierro egoísta es necesario que cada bautizado se reconozca ventana que debe abrirse para facilitar que esa luz que ha recibido llegue a quienes caminan en tinieblas y caen ante la mirada indiferente. Un poco de agua estancada se descompone y no sirve siquiera para sí mismo, pero el poco de agua de cada uno, unido al torrente que es Cristo y que tiende a correr para entregarse, permite saberla oxigenada, en movimiento, agua fresca para sí y para compartirla al mundo sediento.

3.2 Una misión centrada en el encuentro con la liturgia de la Palabra de cada día.

La Lectio Divina tiene sus más lejanos inicios en la experiencia de los orantes judíos en la sinagoga, reunidos para deleitarse en el estudio y meditación de los textos sagrados. Así lo ratifica el orante del Salmo 1:

¡Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni en la senda de los pecadores se detiene, ni en el banco de los burlones se sienta, más se complace en la ley de Yahveh, su ley susurra día y noche!

Así se vivió en Israel la experiencia de diálogo del pueblo con su Dios como parte celebrativa. En la época posterior al exilio, el sacerdote Esdras en el año 538 antes de Cristo, da un carácter sacramental a la meditación de la Ley del Señor. En torno a la Palabra de Dios escuchada y meditada, el pueblo mantiene su vínculo con el Dios de la alianza, el pueblo vive una espiritualidad centrada en la Palabra de Dios.

Esta tradición viva, marcó a las primeras comunidades cristianas (II Tim 3, 14-17), como promotor inicial de esta milenaria práctica de orar con la Palabra mediante el método Lectio Divina se reconoce a Orígenes, quien estudio y enseñó en la Escuela Teológica de Alejandría, en el año 185, afirmaba que era necesario acercarse a la Palabra con atención, constancia y oración. Evagrio Pontico en el año 346, fue gran difusor de la enseñanza de Orígenes, afirmaba: “que el sol naciente te encuentre con la Biblia en las manos”. San Jerónimo, en el año 347, es llamado el “gran doctor de la Lectio Divina”. Propone un momento llamado “disputatio”, reservado a la hora nona y consistente en una homilía que los monjes debían escuchar en absoluto silencio. Benito en el año 476, es reconocido como el ordenador de la Lectio Divina, establece horarios especiales para cada época del año según sea verano o invierno.

En el siglo VI ya la Lectio está formalmente regulada en la vida monástica, con tiempos ordenados de hasta tres horas al día de meditación de la Escritura. Más adelante Pacomio exige que los monjes aprendan tanto a leer como a escribir; la acción de escribir lo reflexionado con y desde la Palabra, es muy relevante y lo rescatamos con alto grado de valoración dentro del método propuesto en esta propuesta misionera, sobre ello se profundizara más adelante.

Agustín, Basilio y Benito, promovieron esta práctica de oración unida al trabajo manual. La experiencia de los llamados Padres del desierto era igualmente un proceso de permanente configuración con Cristo mediante la meditación de la Palabra que implicó apartarse de los afanes de este mundo, del egoísmo personal, e irse a un lugar alejado para vivir el Evangelio de forma más genuina, sencilla y humilde procurando la pureza del corazón. Grandes hombres de Dios como San Juan Crisóstomo, San Gregorio Magno, entre otros, afirmaron la Lectio Divina; pero fue Isidoro de Sevilla quien dijo “Cuando rezamos, hablamos con Dios, cuando leemos Dios habla con nosotros”.

La «Lectio divina» se convirtió en la columna vertebral de la vida religiosa. Las reglas monásticas de Pacomio, Agustín, Basilio y Benito harían de esa práctica, junto al trabajo manual y la liturgia, la triple base de la vida monástica.

La sistematización de la «Lectio divina» en cuatro peldaños proviene del siglo XII. Alrededor del año 1150, Guido, un monje cartujo, escribió un librito titulado «La escalera de los monjes», en donde exponía la teoría de los cuatro peldaños: la lectura, la meditación, la oración y la contemplación». «Esa es la escalera por la cual los monjes suben desde la tierra hasta el cielo», afirmaba.

Otro esquema que se propuso ampliando el método existente se configuró en ocho pasos: Statio (preparación), lectio (lectura), meditatio (meditación), oratio (oración), contemplatio (contemplación), discretio (discernimiento o búsqueda de la Voluntad de Dios), collatio (intercomunicación o dialogo con otros hermanos), actio (respuesta o acción inspirada en la palabra meditada).

Benedicto XVI considera que la recuperación de la práctica de la «Lectio divina», meditación orante de la Sagrada Escritura, traerá una «nueva primavera espiritual» para la Iglesia. Al encontrarse con los más de 400 expertos que participan en Roma en un congreso sobre «La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia», el Santo Padre recomendó esta antigua práctica que literalmente quiere decir «lectura de Dios».

«La lectura asidua de la Sagrada Escritura acompañada por la oración permite ese íntimo diálogo en el que, a través de la lectura, se escucha a Dios que habla, y a través de la oración, se le responde con una confiada apertura del corazón». Para dar un nuevo impulso a la «Lectio divina» no dudó en sugerir «nuevos métodos, atentamente

ponderados, adaptados a los tiempos». «No hay que olvidar nunca que la Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro camino».

Esta propuesta ha recibido en los últimos cuarenta años un nuevo impulso en toda la Iglesia tras la publicación de la constitución dogmática «Dei Verbum» del Concilio Vaticano II (18 de noviembre de 1965). El surgimiento de la Liturgia de las Horas es precisamente respuesta a la necesidad de santificar el tiempo mediante la lectura ordenada de la Palabra de Dios; en el siglo VI la regla de san Benito incluía el Salterio semanal, san Francisco de Asís la recomendó a sus frailes y en épocas posteriores, papas como Pio V y Pio X le dieron especial reconocimiento e impulso, hasta la conocida reforma litúrgica del Vaticano II.

Escuchar a Dios es en modo insuperable estar a la escucha de su Palabra. Dios se ha auto-revelado, se ha comunicado y no hay mejor manera para comprender el contenido de su Voz que escucharle atentamente leyendo orantemente su Santa Palabra Escrita que ofrece vida abundante. Por ello, bien se puede decir desde San Jerónimo que quien no lee la Escritura no conoce a Dios, es decir: “Quien no conoce las Escrituras no conoce a Cristo”.

Hasta el Concilio Vaticano II (1963-1968), se pudo superar la exclusividad que tenía el clero de la lectura de la Biblia, la cual solo era posible abordarla en la lengua latín, la lengua litúrgica de la Iglesia que era manejada con suficiencia por la Jerarquía, y esto sólo permitía que pocos privilegiados tuviesen el contacto con el texto sagrado, ellos asumían el lugar de la interpretación debida para luego comunicar al pueblo su mensaje.

Si bien la Iglesia tenía un temor para evitar errores de interpretación de la Biblia y por ello mantenía tal exclusividad, se dice que también los pastores no hacían nada por acercar al creyente corriente a beber en ella. Como un gran giro hacia la centralidad de la Palabra en la vida y la

espiritualidad de la Iglesia, el Concilio Vaticano II en su Constitución Dogmática Dei Verbum, dio un impulso fuerte a la lectura y meditación de la Palabra por parte de todos los fieles. Para ese entonces en el protestantismo hacia 450 años se tenía acceso a la Palabra, fruto de la Reforma impulsada por Martín Lutero en 1517.

El número 22 de la Dei Verbum dice: “Todos los fieles tienen que tener un amplio acceso a la Sagrada Escritura”. Esa sentencia conciliar más allá de suponer una carrera contra el tiempo para lograr que el Texto Sagrado impreso llegara a las manos de los fieles católicos en sus propias lenguas, suponía un desafío mayor, la necesidad de ofrecer métodos para una adecuada vivencia de encuentro con la Palabra, la Iglesia volverá sus ojos con asombro a los grandes maestros de oración que vivamente hablaron de esta práctica y que ya hemos mencionado desde Orígenes hasta Guido. La Iglesia pueblo expresará ante la dificultad de no saber el cómo, lo que el eunuco etíope expresó a Felipe: “¿Cómo voy a entenderlo sino hay nadie que me lo explique?” (Hch. 8,30).

El Magisterio de la Iglesia ha querido responder precisamente a este cuestionamiento y el “amplio acceso” del concilio, inmediatamente se ha convertido en un compromiso evangelizador y misionero por lograr ofrecer en las comunidades posibilidades y caminos provechosos para la lectura orante con la Palabra.

Precisamente 40 años atrás el Concilio había manifestado el interés de que la Palabra fuese el pan para el camino de la vida del creyente, “vigor y sustento” de toda la vida eclesial (cfr. DV 21) y promoviendo su lectura la situó al mismo nivel del Cuerpo de Cristo: “La Iglesia siempre ha venerado a las Sagradas Escrituras como al mismo Cuerpo de Cristo” (DV 21), en este sentido, se puede inferir que hay que estar atentos a su contacto para que así como se tiene el

cuidado que ni una sola partícula de la Hostia consagrada se pierda, así mismo no se escape un solo detalle de la Palabra que es dada en cada lectura orante.

Benedicto XVI en la Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, en el numeral 86b, ofrece un horizonte para vivir la fecundidad de la Palabra y advierte de los cuidados para que esta experiencia sea de verdadera riqueza personal y eclesial:

A este propósito, no obstante, se ha de evitar el riesgo de un acercamiento individualista, teniendo presente que la Palabra de Dios es dada precisamente para construir comunión, para unir en la Verdad en el camino hacia Dios. Es una Palabra que se dirige personalmente a cada uno, pero también es una Palabra que construye comunidad, que construye la Iglesia. Por tanto, es necesario acercarse al texto sagrado en la comunión eclesial. En efecto, “es muy importante la lectura comunitaria, porque el sujeto vivo de la Sagrada Escritura es el Pueblo de Dios, es la Iglesia... La Escritura no pertenece al pasado, dado que su sujeto, el Pueblo de Dios inspirado por Dios mismo, es siempre el mismo. Así pues, se trata siempre de una Palabra viva en el sujeto vivo. Por eso, es importante leer la Sagrada Escritura y escuchar la Sagrada Escritura en la comunión de la Iglesia, es decir, con todos los grandes testigos de esta Palabra, desde los primeros Padres hasta los santos de hoy, hasta el Magisterio de hoy”.

3.3 Nuestra propuesta: un camino diario de oración personal con la Palabra

En este trabajo se ha constatado que a lo largo de la historia de la Iglesia la *Lectio Divina* ha sido un método de oración recomendado por Papas, obispos, sacerdotes, teólogos, monjes y gente santa, para que los creyentes se encuentren con la Palabra de Dios. Existen muchos testimonios sobre la eficacia de la Palabra meditada personalmente

o en comunidad, especialmente en procesos de desintoxicación. Los diversos métodos han sido utilizados por comunidades religiosas en general para lograr profundizar en la espiritualidad, pero las propuestas de Lectio Divina como bien es sabido tradicionalmente requieren de un tiempo considerable para ser asumidas, y por tanto, en la mayoría de los casos no va de acuerdo al tiempo con el que cuenta el laico hoy en medio de las tareas diarias propias de su estado; es necesario aportar una manera sencilla de lectura orante con la Palabra para el laico, de forma que pueda relacionarse diariamente con la Palabra de Dios y fortalezca así su espiritualidad del encuentro con Dios y de fraternidad con los hermanos como fruto de esta viva intimidad mediante la Palabra.

Encontrarse con la Palabra de Dios es relacionarse directamente con la Persona de Jesucristo, quien con su Sangre preciosa adquirió para sus hermanos el acceso de la paternidad divina, dicho encuentro hace al bautizado cada día más consciente de que es hijo del Padre Dios y que la unión con Él le sana, libera y le capacita para vivir como hijo en busca de los hermanos que están alejados de esta gran experiencia de amor.

A partir de esta certeza, la Casa de la Misericordia, preocupada por la identidad de los bautizados ha construido una propuesta diaria de Lectura orante con la Palabra, a partir de las lecturas de la liturgia cotidiana, este método sencillo y eficaz busca ayudar en la preparación antes de acceder a la lectura de la Palabra, subrayar el versículo que es marcante de cada lectura, escribirlo en un cuaderno diario disponiéndose a un momento de reflexión a partir de la pregunta: ¿Dios hoy en medio de mis proyectos, miserias y dificultades qué me quieres decir con tu Palabra?

Seguidamente el orante escribe lo que experimenta y se le revela a través de las frases subrayadas. Al final de la escritura se hace un compromiso que sea realizable durante el día y se escoge una de las frases subrayadas y se repite para que la misma fecunde la existencia en la realidad. Los siete pasos de la mañana concluyen con la petición a Dios de ser transformados por la Palabra a través de la oración con el Numeral 163 del Diario de Santa Faustina, y finalmente la acción de Gracias. Se propone que durante el día se busque el momento adecuado para cumplir el compromiso escrito y se propone que se repita el texto bíblico marcante que se escogió durante la jornada como una manera de mantener o recordar ese dialogo, a ello se le denomina: la voz de la misericordia en mi Alma. El octavo paso es un extracto de la oración de las completas que busca que se pueda evaluar el día, a partir de los compromisos de la mañana y de esta manera el orante que ha iniciado el día encontrándose con la Palabra, de la misma manera lo concluye evaluando como la esta Palabra ilumino su pensar, hablar y actuar en la jornada que termina.

El camino diario de oración que se propone en este trabajo de grado es una propuesta actual y sencilla de Lectio Divina que a través de sus pasos y fundamentado en los textos de la liturgia diaria, pretende ser un proceso que logra que el bautizado fortalezca su identidad de Hijo de Dios y asuma su compromiso de discípulo y misionero para comunicar vida en la Iglesia declarada en estado permanente de misión.

Este método de oración, consiste en recorrer ocho (8) pasos que orientan el encuentro con la Persona de Jesús en su Palabra. Los pasos del uno (1) al siete (7) corresponden a la oración de la mañana, en la que pueden emplearse de quince (15) a veinte (20) minutos y, el paso ocho (8) corresponde a la oración antes de tomar el descanso nocturno, este paso puede realizarse en cinco (5) minutos. El método está contenido en la publicación Misericordia día a día. Un tempo

ajustado al hombre y la mujer de hoy que en medio de sus múltiples afanes encuentra en la falta de tiempo, una razón aparentemente válida para no cuidar su área espiritual.

Las oraciones guías de cada paso no pretenden agotar lo que se debe decir o considerar, sino ayudar a expresar la propia sed de Dios paso a paso, es como un impulso inicial que inspira el corazón para entrar en dialogo el dialogo intimo con Dios, como lo manifiesta el orante del Salmo 63: “Tu eres mi Dios por ti madrugo, mi alma esta sedienta de ti, como tierra reseca y sin agua”.

El objetivo del Camino Diario de Oración Personal es escuchar y asimilar la Palabra de Dios que es alimento y luz para los pasos del creyente, por eso se ofrece una breve meditación o reflexión diaria en clave de misericordia después del evangelio con el deseo de aportar elementos reflexivos y formativos que constituyen las bondades del tesoro de la Iglesia.

El encontrarse diariamente con la Palabra, y recibir su riqueza, ha de impulsar al orante a darse en servicio generoso compartiendo su experiencia con quienes le rodean. Debe evitarse el divorcio entre Fe y Vida, se ha de compartir la vida recibida como fruto del encuentro con la Palabra día a día.

Paso 1: profesión de fe y disposición.

¿Dónde se halla la fórmula esencial de la fe? ¿Dónde se encuentra las verdades que nos han sido fielmente transmitidas y que constituyen la luz para la vida cotidiana del orante? La respuesta es sencilla: en el Credo, en la Profesión de fe el creyente se enlaza al acontecimiento originario de la Persona y de la historia de Jesús de Nazaret... (1 Co 15, 3.4)”. También hoy es necesario que el Credo sea mejor conocido, comprendido, orado y reconocido. Conocer, de hecho, podría ser una operación solamente intelectual, mientras que reconocer quiere significar la

necesidad de descubrir el vínculo profundo entre las verdades que se profesan en el Credo y la existencia cotidiana a fin de que estas verdades sean luz que ilumina cada paso en el diario vivir, agua que rocía las sequedades del camino, vida que vence ciertos desiertos de la vida como lo describía Benedicto XVI, en la Audiencia del 17 de octubre del 2012.

Esto es lo primero; reafirmar la fe, en medio de un mundo que vive un proceso creciente de secularización con una mentalidad relativista que desecha hasta la propia vida humana por nacer, donde la existencia se vive con ligereza, sin ideales claros y esperanzas sólidas, donde los vínculos sociales y familiares aparecen líquidos, nada consistentes, en medio de una gran inestabilidad de los afectos, pero también donde no pocos viven una fe de modo pasivo y privado, donde acontece la fractura entre fe y vida y se rechaza la educación en la fe, aquí es más que urgente confesar la fe, responder con certeza y convicción que se cree en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados y la Vida Eterna.

Disposición.

Habiendo confesado la fe en Dios Padre, reconociendo como Jesús lo hizo, la necesidad de vivir acatando su voluntad, la cual debe ser alimento del creyente: por eso al iniciar el día, se hace un acto de abandono confiado en los brazos del Padre Dios, A Él se le da gracias por lo que disponga en el nuevo día, con tal que se haga su voluntad. En el Padre, el orante se abandona con la mayor confianza, sin medida, porque en sus brazos esta seguro. Con esa claridad afirma con el beato Charles: “Padre en tus manos me pongo, haz de mí lo que tú quieras...”

Paso 2: invocar al espíritu santo.

Nadie puede confesar que Jesús es el Señor si no es movido por el Espíritu Santo. Sólo Él puede enseñar a vivir según la Voluntad del Padre Dios, reconociendo que por su acción es posible vivir la obediencia de hijos, es Él quién permite que no se pierda la conciencia de pecado, y mueve al creyente a sumergirse confiadamente en la Misericordia de Dios. Él es Señor, dador de Vida, por eso, con la secuencia de Pentecostés se clama en Nombre de Jesús que venga el Espíritu Santo: “Ven Espíritu Divino manda tu luz desde el cielo...”

Paso 3: oración de perdón.

Habiendo invocado el auxilio del Espíritu Santo que permite identificar y reconocer la propia fragilidad y pecado, se fija la mirada confiada en el abismo insondable de la Misericordia de Dios. Cada vez que se perdón es un regresar a la Casa del Padre que está siempre atento al retorno de sus hijos para recibirles con los brazos abiertos. Con la Iglesia el orante clama: “Jesús mi Señor y Redentor yo me arrepiento...” Aquí se entrega todo lo que distrae o dispersa, angustias, miedos, dudas y preocupaciones con el fin de aprovechar más intensamente el encuentro con el Señor. Culmina este paso apelando a la gracia del Misterio Pascual de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote de la Nueva alianza: “Oh sangre y agua que brotaste del Corazón de Jesús...”

Paso 4: oración antes de escuchar la palabra.

Quien se ha reconciliado con el Señor, abre su corazón a la riqueza de la Palabra que edifica, transforma y sana. Ha de acogerla y valorarla como un regalo, es por ello que se inicia este paso agradeciéndola, al tiempo que se reconoce la incapacidad para comprenderla y dejarla

vivir en el ser. La Palabra es “Luz para nuestros pasos”, es “más dulce que la miel al Paladar”, es “penetrante como espada de doble filo”, la Palabra es “viva y eficaz” y “una sola Palabra bastará para sanar”. Por eso el orante proclama con alegría: “Te doy gracias Señor porque tu palabra sigue siendo viva y eficaz entre nosotros...”.

Paso 5: lee, medita y ora.

En la Exhortación Apostólica *Verbum Domini* el hoy papa emérito Benedicto XVI, en el numeral 121 recordaba la necesidad de mantener un Encuentro Personal y comunitario con la Palabra de Dios: (...) nunca se puede olvidar que el fundamento de toda espiritualidad cristiana, auténtica y viva, es la Palabra de Dios anunciada, acogida, celebrada y meditada en la Iglesia. Y Francisco, en su Exhortación *Evangelii Gaudium* expresa en el numeral 174: Es indispensable que la Palabra de Dios “sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial” (p.165), y agrega en el numeral 175 apoyándose en la enseñanza de Benedicto XVI:

La evangelización requiere la familiaridad con la Palabra de Dios y esto exige a las diócesis, parroquias y a todas las agrupaciones católicas (...) promover su lectura orante personal y comunitaria. Nosotros no buscamos a tientas ni necesitamos esperar que Dios nos dirija la palabra, porque realmente “Dios ha hablado, ya no es el gran desconocido sino que se ha mostrado. Acojamos el sublime tesoro de la Palabra revelada” (p. 166).

Lectura.

Para detenerse en el contenido de fe de las lecturas del día propuesta por la liturgia de la Iglesia. Aquí se debe leer el texto sagrado, respetar y situar lo que se le e ir subrayando esa frase marcante en cada una de las tres o cuatro lecturas.

Meditación.

Se trata de “dejarse leer” por el pasaje, aquí la Palabra lee la vida del orante, y éste se apoya posteriormente en la meditación del día. Aquí se debe rumiar, dialogar, actualizar lo que se lee.

El Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* en el numeral 153 indica unas orientaciones para vivir este momento central:

En la presencia de Dios, en una lectura reposada del texto, es bueno preguntar, por ejemplo: Señor ¿qué me dice a mí este texto? ¿Qué quieres cambiar de mi vida con este mensaje? ¿Qué me molesta en este texto? ¿Por qué esto no me interesa?, o bien ¿Qué me agrada? ¿Qué me estimula de esta Palabra? ¿Qué me atrae? ¿Por qué me atrae? (p. 86)

Se sugiere se tenga aquí un cuaderno, para vivir este momento cotidiano, pasando al cuaderno los versículos que impactaron la vida y a partir de ello expresar al Señor lo que la Palabra lleva a decirle. Ese cuaderno debe titularse: “*Mi día a día con Jesús*”. Finalmente se debe consignar el compromiso medible o realizable del día al que conduce la Palabra, como puede ser; ejercitarse en una virtud, orar específicamente por alguien, reconciliarse con..., salir al encuentro de..., vivir una obra concreta de caridad entre otras. Lo que siempre es seguro, es que la Palabra lanza, sacude, pone en movimiento, compromete.

La Voz de la Misericordia en mi alma.

. Entre las frases que se subraya, se escoge una, y se sugiere sea repetida para ser memorizada y logre fecundar el interior. Durante el día se repetirá eventualmente y se compartirá, esa frase debe iluminar la misión que se realice.

Oración.

Se dirige a Dios que ha hablado a través de su Palabra, se le expresa con el corazón agradecido, rebotante con todo lo que el mismo texto sagrado mueve a decirle, pedirle y reconocerle. Se Finaliza este instante con la lectura de la meditación que se propone en el manual de Misericordia día a día, seguido de la breve oración del día que contiene.

Compromiso.

A la luz de la Palabra del día, se escribe el compromiso, reiterando que sea medible, verificable.

Paso 6: oración para ser misericordiosos.

Se implora la gracia de ser un vivo reflejo de la Misericordia Divina como lo hizo Santa Faustina en el numeral 163 de su diario espiritual. Las familias, comunidades y sociedad solo serán transformadas hasta ser transformado uno que se convierta en testigo. Habrá una sociedad nueva cuando exista un corazón nuevo, sí la Misericordia acampa en el corazón creyente todo será impactado favorablemente en el entorno familiar y social. La Palabra que acaba de ser meditada, debe tocar las relaciones interpersonales, haciendo del orante un constructor de la cultura de la misericordia en el día a día.

Paso 7: oración de acción de gracias y protección.

Es el momento de expresar al Señor la gratitud, la acción de gracias por su misericordia, por la Palabra dada y confiarnos a su protección. Si la sangre del cordero pascual preservaba a los

hebreos de la acción del ángel exterminador, cuanto más la Sangre de Aquel de quien el Bautista dijo: “Ese es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo”.

Paso 8: oración de la noche.

Se finaliza la jornada en oración, así se inició el día y así se culmina, sumergiéndose en la Palabra de Dios mediante la Oración personal. Para ello, se ora con un resumen tomado de la Liturgia de las Horas, específicamente de las Completas:

Invocación inicial e himno.

Se recuerda que en la fe es que se lucha y se camina, agradeciendo y ofreciendo al Señor el dolor, trabajo y alegría. Sólo en Él se descubre que la jornada cotidiana tiene sentido y sólo en Él descansa la existencia misma.

Examen de conciencia.

La Palabra del día ilumina para vivir con mayor realismo este momento, se puede tener en cuenta el compromiso acordado, revisar si fue cumplido y, reconocer los aciertos y desaciertos para invocar la misericordia.

Cántico de Simeón.

No se puede tomar el descanso nocturno sin contemplar el ejemplo aquellos en quienes se ha reconocido la Presencia del Señor tal como lo experimentó el anciano Simeón (Lc 2, 29-32). Qué bueno es poder agradecer el haberle encontrado en la Palabra, en la Eucaristía, pero también en el hermano, en el trabajo, en el hogar y comunidad. Así, es posible decir: “Ahora Señor según tu promesa puedes dejar a tu siervo irse en paz... a descansar”

Oración a la Virgen María.

A María, madre e intercesora se le encomienda la vida, tomando en los labios la oración más antigua que se conoce y con la cual el pueblo cristiano reconocía anticipadamente los Dogmas marianos: “Bajo tu protección nos acogemos Santa Madre de Dios...”

Ir a la oración de la noche correspondiente.

Se culmina retornando a la página del día del libro Misericordia día a día, para ofrecer la oración en clave de la Palabra meditada.

3.4 Una experiencia de encuentro para mí, para ti, familia y comunidad.

Esta experiencia de encuentro con la Palabra entiende que si bien se trata de un encuentro personal inicialmente, se ha de evitar el riesgo de un acercamiento individualista, incluso que se quede en el intimismo egoísta, teniendo presente como lo dice Benedicto XVI en la Verbum Domini en el numeral 86b:

La Palabra de Dios se nos da precisamente para construir comunión, para unirnos en la Verdad en nuestro camino hacia Dios. Es una Palabra que se dirige personalmente a cada uno, pero también es una Palabra que construye comunidad, que construye la Iglesia.

En este sentido, la experiencia de encuentro personal nos hace al creyente testigo fiel, impulsándole a comunicar la alegría de este encuentro a sus hermanos, familia y comunidad. Sólo es posible percibir la profundidad y la belleza de este encuentro cuando mueve y compromete a transmitirlo en el entorno.

¡Una experiencia para mí!

Todo comienza en la experiencia personal, que se va reafirmando en el día a día, en la capacidad de vivir cotidianamente el encuentro con la Palabra de forma sencilla y en lo posible ininterrumpida, la psicología moderna descubrió que el cerebro tiene la capacidad para asumir nuevos hábitos, si bien en un primer momento manifiesta resistencia a la novedad, está probado que una acción repetida durante 21 días hace que el sistema neuronal asimile el cambio, se trata entonces de hacer del encuentro personal con la Palabra un hábito saludable que fortalece e ilumina para el cotidiano vivir.

Refiriéndose a este vital encuentro, el papa Francisco en los numerales 1 y 3 de su exhortación *Evangelii Gaudium* afirma:

La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría... Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque “nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor”. Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Éste es el momento para decirle a Jesucristo: “Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores” (p.5 y 6)

¡Una experiencia para ti!

Cuando una vida ha sido fecundada por la *semilla del Verbo*, es consciente de aquella verdad suprema que la Comunidad *Joanica* plasmó en el prólogo del cuarto evangelio: “La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”(Jn 1,14), el discípulo misionero asume responsablemente que por la gracia de la inhabitación, su ser es templo vivo de la Trinidad y por tanto, es incapaz de pasar indiferente ante la sed de Dios que experimenta quien está a su lado; y porque se reconoce hijo y sabe que el otro es su hermano, se pone en camino para ir a su encuentro.

Su testimonio del amor de Dios anima a otros a querer experimentar esa misma alegría que el nuevo estilo de vida le produce. Quien tiene la total seguridad que Jesucristo es la respuesta a todos los interrogantes humanos y espirituales, se deja guiar por el Espíritu Santo y va a comunicar a otros la Buena Noticia que ha cambiado su vida. Sabe que tiene para ofrecer un “alguien” Jesús y un camino para encontrarse con Él. Así comunica con gran entusiasmo su experiencia personal y se ocupa responsablemente de hacer acompañamiento al proceso de quien inicia la experiencia. Quién ha sido bien acompañado en su proceso, luego será un excelente acompañante para otros. Alguien invirtió tiempo ocupándose de su proceso como iniciado, y ahora generosamente se entrega acompañando a otros, así cumple el mandato de Jesús en el sentido de hacer discípulos.

El documento conclusivo de Aparecida en el número 3 del discurso inaugural, recoge bellas palabras de Benedicto XVI en las cuales describe cómo quien se ha dejado tocar por la experiencia personal del encuentro con Cristo, es incapaz de abstenerse de comunicar a otros esa vida abundante que ha recibido y le ha transformado la existencia:

El discípulo, fundamentado así en la roca de la Palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la buena nueva de la salvación a sus hermanos. Discipulado y

misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (Cf. Hch 4, 12). En efecto, el discípulo sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro. (p.14).

¡Una experiencia para la familia!

“Cree en Jesús y serás salvo tú y toda tu casa” (Hch 16,31), esta promesa se cumple a cabalidad, cuanto la familia comienza a notar el cambio positivo en ese alguien de la casa que ha decidido dejarse transformar por la fuerza poderosa de la Palabra de Dios, al notar que sus actitudes van cambiando, que su forma de pensar, hablar y actuar es diferente, esto antoja a su entorno; no se necesitan muchas palabras, basta la nueva imagen que se proyecta. Cuando Zaqueo salió a buscar a Jesús y este se hizo el invitado a su casa, allí proclamó: “hoy ha llegado la salvación a esta familia” (cf Lc. 19,9). El libro de los Hechos de los Apóstoles presenta diversas experiencias en las cuales la fe de un miembro de la familia, motivó la conversión de todos en casa. De este modo lo que comenzó como una experiencia personal de Dios, ahora se irradia en el entorno familiar y de este modo se responde fielmente al pedido de la Iglesia que confía especialmente a los padres de familia la tarea de sembrar y cultivar la semilla de la fe en sus hijos, en el número 118 y 119 del documento conclusivo de Aparecida, los obispos recuerdan lo apropiado del encuentro en el ambiente familiar:

En el seno de una familia la persona descubre los motivos y el camino para pertenecer a la familia de Dios. De ella recibimos la vida, la primera experiencia del amor y de la fe (...) Dios ama nuestras familias, a pesar de tantas heridas y divisiones. La presencia invocada de Cristo a través de la oración en familia nos ayuda a superar los problemas, a sanar las heridas y abre caminos de esperanza. Muchos vacíos de hogar

pueden ser atenuados por servicios que presta la comunidad eclesial, familia de familias
(p 66)

¡Una experiencia para la comunidad!

La parroquia esta llamada a ser gran Familia de familias o Comunidad de comunidades, una familia que ha experimentado el paso del Señor Resucitado, abre su corazón y sus puertas para acoger a integrantes de otras familias que necesitan vivir la experiencia de Dios. Es así como nace y se fortalece la propuesta de Casas Misioneras de la Misericordia (CMM), células vivas que surgen alrededor de una parroquia, convirtiéndose en centros de irradiación del evangelio. Siempre teniendo como centro la meditación de la Palabra de Dios mediante la Lectio Divina, la fraternidad y la contemplación de la Misericordia. Estos hogares son espacios concretos donde se vive la cultura del encuentro entre familiares vecinos y amigos. El Papa Francisco en la bula *Misericordiae Vultus* (2015), con la cual convocó al Año Santo de la Misericordia, en el número 16 pide:

Llevar una palabra y un gesto de consolación a los pobres, anunciar la liberación a cuantos están prisioneros de las nuevas esclavitudes de la sociedad moderna, restituir la vista a quien no puede ver más porque se ha replegado sobre sí mismo, y volver a dar dignidad a cuantos han sido privados de ella. La predicación de Jesús se hace de nuevo visible en las respuestas de fe que el testimonio de los cristianos está llamado a ofrecer.
(p.28).

Cuanta necesidad se tiene hoy de hogares que quieran ser sinagoga en la modernidad, lugar donde Jesús siga proclamando el Año de Gracia para tantos que necesitan fijar en él su mirada y experimentar su eterna novedad.

3.5. Casas misioneras de la misericordia

Los Obispos en Aparecida hace 11 años, una vez decretaron junto al Papa Benedicto XVI en Estado permanente de misión a toda la Iglesia Latinoamericana y caribeña, en el numeral 14 del documento conclusivo expresan el reto fundamental que esta misión supone:

Aquí está el reto fundamental que afrontamos: *mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros* que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo. No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias. Este es el mejor servicio -¡su servicio!- que la Iglesia tiene que ofrecer a las personas y naciones (p.13).

El mandato misionero está expresado en un “vayan y hagan discípulos míos a todas las gentes” (Mt 28, 19). Este ir es salir, es recorrer la propia periferia geográfica que circunda nuestros templos y centros comunitarios, para impregnarlos con el feliz y reconfortador anuncio de la Buena Nueva y así construir la experiencia de la fraternidad cristiana en los propios hogares de los bautizados. La Iglesia en *salida* es también la Iglesia valiente que se atreve a ir a la periferia existencial del propio hogar y vecindario.

Las Casas Misioneras de la Misericordia pueden ser un poderoso centro de irradiación de gracia que comunica la alegría del encuentro con la Palabra, el oxígeno de la oración espontánea

y de intercesión y el gozo de la vida fraterna. Se busca que los hogares sean *hogueras* de misericordia en medio de los barrios donde se *promueva la cultura del encuentro*, expresando así el rostro de una Iglesia que se inserta en los ambientes diversos donde viven y luchan los creyentes.

Convocadas a vivir este encuentro en una hora semanal, su estructura implica un momento intenso de contemplación de la Misericordia (en la Pasión del Señor, la intercesión y rezo con la Coronilla), el encuentro con la Palabra mediante el camino diario de oración personal con las lecturas de la liturgia próxima dominical, y el compartir fraterno donde celebremos como familia de Dios. (Se parte del presupuesto que las lecturas del día ya cada fiel las ha meditado como parte de su oración personal en la mañana, se sugiere la liturgia del domingo porque así el encuentro prepara a quienes ya acostumbran celebrar su fe en comunidad y anima a quienes apenas están en proceso de inserción a la vida parroquial).

Es de esperar también que las CMM se conviertan en un apoyo intercesor para la comunidad parroquial y la sociedad, que fomenten la cooperación espiritual mediante la oración por el Párroco, el Obispo de la Diócesis, el Papa, la Casa de la Misericordia y las intenciones de sus asistentes, así mismo, que fomenten la caridad integral para con sus integrantes y entornos de manera que logren ser experiencias encarnadas, que responden a las realidades que les desafían.

Las CMM son una acción pastoral de la Iglesia y para la Iglesia en sus laicos, y no un grupo aislado, su inserción en los barrios buscará acercar a los alejados logrando que las casas de familiares y amigos puedan convertirse al mismo tiempo en puentes de cercanía para el reencuentro con la Fe en Cristo y su Iglesia. Qué cada hogar sea una Casita de la Misericordia como profetizaba en los inicios de la Casa de la Misericordia un querido pastor de feliz memoria Monseñor Sebastián Bonjorn Sales, lanzando la comunidad a a la misión desde sus mismos inicios, (+22 feb 2012). Se trata es de invitar a que los hogares de los miembros de la comunidad

y de las parroquias donde van surgiendo las CMM, se conviertan en “red” lanzada, en ese remar mar adentro -“¡duc in altum!”- del tiempo presente.

Conclusiones

Anunciar a Jesucristo es parte esencial de la identidad cristiana, dado que todo bautizado es discípulo misionero, como lo manifiesta el Magisterio de Aparecida. La Iglesia Continental se encuentra en estado permanente de Misión y tiene como “reto fundamental mostrar la capacidad para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría el don del encuentro con Jesucristo” (DA 14 p.39).

La fraternidad que se vive al interior de la comunidad cristiana, al testimoniarla se hace sencilla pero eficaz forma de misión. La misión es precisamente llevar al entorno la vida fraterna y comunitaria, la vivencia intensa de hermandad, vivir el amor fraterno a la manera de Cristo, es esa experiencia que aguarda el mundo y de la cual tanto adolece, no se lleva un discurso o un concepto de Dios sino una experiencia poderosa de amor que se vive entrañablemente entre los hermanos a la manera de Jesús en comunidad.

“La Palabra de verdad del Evangelio es la fuerza de la Iglesia, es su vida”, como afirma Benedicto XVI, con Pedro es posible proclamar: “¡solo tú Señor, tienes palabras de vida eterna!”, por tanto, es indispensable facilitar el acceso a la Palabra con un método de lectura orante sencillo y eficaz que garantice el encuentro cotidiano con Jesús, para que Su vida abundante se manifieste en la existencia y las relaciones de cada laico.

El camino diario de oración personal, no es otro proceso más, es ante todo un método sencillo y fácilmente duplicable, propuesto para responder a la sed de Dios que experimentan muchos bautizados que por su trabajo o estudio disponen de poco tiempo para ajustarse a las exigencias de los procesos sistemáticos que ofrece la Iglesia y que muchas veces sustraídos por sus ocupaciones terminan alejados totalmente de la vida parroquial.

Las Casas Misioneras de la Misericordia (CMM) son oasis de misericordia en medio de los desiertos comunes en las periferias geográficas y existenciales. En estos hogares cercanos al entorno de los bautizados, se construye la cultura del encuentro y se vive la experiencia de “iglesia doméstica”, familia de puertas abiertas, que acoge a los vecinos para vivir la fraternidad y la caridad.

Bibliografía

- Baquero, & Baquero. (2011). *Identidad Cristiana un estudio teológico bíblico del discipulado y la aportación de Juan 15, 1-16.4a*. Obtenido de Pontificia Universidad Javeriana:
<https://repository.javeriana.edu.co:8443/bitstream/handle/10554/8160/tesis108.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Benedicto XVI, S. (2010). *Verbum Domini*. Obtenido de Exhortación Apostólica. sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia:
http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/apost_exhortations/documents/hf_ben-xvi_exh_20100930_verbum-domini.html
- Benedicto XVI, S. (2011). *Mensaje del Santo padre Benedicto XVI para la Jornada Mundial de las Misiones*. Obtenido de https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/messages/missions/documents/hf_ben-xvi_mes_20110106_world-mission-day-2011.html
- Benedicto XVI, S. (2013). *Audiencia General última del Pontificado. Plaza de San Pedro, Ciudad del Vaticano*. Obtenido de https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2013/documents/hf_ben-xvi_aud_20130227.html
- Benedicto XVI, S. (2005). *Discurso del santo padre Benedicto XVI al congreso internacional en el X aniversario de la constitución conciliar "Dei Verbum"*. Obtenido de https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2005/september/documents/hf_ben-xvi_spe_20050916_40-dei-verbum.html

Concejo Latinoamericano, CELAM. (2007). Documento Conclusivo, V Conferencia General.

Aparecida, Brasil. Obtenido de Documento Conclusivo.

Congar.Y. (Estelar de Barcelona de 1961). *Jalones para una teología del laicado*. Obtenido de de

<https://accioncatolicaqueretaro.wordpress.com/2014/12/21/jalones-para-una-teologia-del-laicado-introduccion/>

Diocesis de Cordoba. (s.f.). *Identidad y Mision del Laico.Llamada a la Evangelización*. Obtenido

de <http://www.diocesisdecordoba.com/media/2016/11/Encarte-Encuentro-laicos-Primer-trimestre.pdf>

Francisco, S. (2013). *Evangelii Gaudium*. Vaticano: Exhortación Apostólica.

Francisco, S. (2013). *Homilía, Santa Misa con los Movimientos Eclesiales en la Solemnidad de Pentecostés*. Ciudad del Vaticano.

Francisco, S. (2015). *Misericordia Vultus. Bula de convocación*.

Francisco., S. (2018). *Gaudete Et Exsultate. Exhortación Apostólica*. .

Iglesia Católica. (1988). *1° ed. Christifideles Laici (28)*. Bogota: San Pablo.

Iglesia Católica. (1993). *1° ed. Catecismo de la Iglesia Católica (899)*. Ciudad del Vaticano :
Libreria Editrice Vaticana.

Iglesia Católica. (2000). *9° ed. Concilio Vaticano II. Decreto Apostolicam Actuositatem*. Bogota:
San Pablo.

Iglesia Catolica. (2007). *1° ed. Documanto de Aparecida (286)*. Bogota: San Pablo.

Iglesia Catolica. (2013). *1° ed. Evangelii Gaudium (120)*. Ciudad del Vaticano: Editrice
Vaticana.

Jimenez. (s.f.). *Identidad humana, cristianay religiosa*. Obtenido de

<file:///C:/Users/familia/Documents/SISTEMATIZ%20PROYECTO%20I/Alvaro.pdf>

- Juan Pablo II, S. (1987). *Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a los Jóvenes. Viaje Apostólico a Uruguay, Chile y Argentina*. Obtenido de https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1987/april/documents/hf_jp-ii_spe_19870402_giovani-santiago
- Kowalska, F. (1996). *Diario la divina Misericordia en mi alma*. Stockbridge, MA, EE.UU: Padres Marianos de la Inmaculada Concepcion de la Santisima Virgen María.
- Narbona, R. (2015). *¿Es el Papa Francisco un nuevo Juan XXIII?* Obtenido de El Imparcial: <https://www.elimpar.com/2015/05/15/151070/opinion/es-el-papa-francisco-un-nuevo-juan-xxiii.html>
- Obispos., S. d. (2012). *Instrumentum Laboris*. Obtenido de La Nueva Evangelización para la transmisión de la Fe Cristiana. XIII Asamblea General Ordinaria. Ciudad del Vaticano. : http://www.vatican.va/roman_curia/synod/documents/rc_synod_doc_2012061
- Pablo VI, S. (1975). *Evangelii Nuntiandi. Exhortacion Apostolica*.
- Pablo VI, S. (1975). *Evangelii Nuntiandi. Exhortación Apostólica*.
- Prado, J. (2003). *Id y evangelizar a los bautizados. Cuarta edicion*. Bogota: Minuto de Dios.
- Raguer, H. (2005). *Introduccion a la Lectio Divina, cuestiones Teológicas Vol. 32 , N° 78*. Obtenido de <https://revistas.upb.edu.co/index.php/cuestiones/article/viewFile/529/474>
- Ratzinger, J. (1995). *Ser Cristiano en la era neopagana*. Obtenido de Ediciones Encuentro, Madrid: https://w2.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/papa-francesco_bolla_20150411_misericordiae-vultus.html
- Ratzinger, J. (2000). *La nueva evangelización*. Obtenido de http://www.corazones.org/santos/benedicto16/cardenal_ratzinger_escritos/nueva_evangelizacion_diciembre_122000.htm
- Revista vida y espiritualidad. (2014). *Laicos en la Iglesia y en el mundo*. Obtenido de <http://www.conectacec.com/los-laicos-en-la-iglesia-y-en-el-mundo/>

Sacramento. (2008). *La hora de los laicos*. Honduras: Imprenta BCH.